

APORTES DEL PSICOANÁLISIS A LA CLÍNICA ACTUAL

Facultad de Psicología

Autoras:

Verónica Correa

Ilana Luksenburg

Ximena Malmierca

Susana Martínez

Patricia Natalevich

COMISIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PERMANENTE



ÁREA CIENCIAS
DE LA SALUD

SD

APORTES DEL PSICOANÁLISIS A LA CLÍNICA ACTUAL

Facultad de Psicología

Autoras:

Verónica Correa
Ilana Luksenburg
Ximena Malmierca
Susana Martínez
Patricia Natalevich



Rector de la Universidad de la República: licenciado Rodrigo Arim

Pro. Rector de Enseñanza: doctor Juan Cristina

Comisión Sectorial de Educación Permanente (CSEP)

doctora Beatriz Brena (Presidente) / magíster Ingeniero agrónomo Mario Jaso (Director de la Unidad Central de Educación Permanente - UCEP) / arquitecto Javier Fagúndez (Área Tecnologías y Ciencias de la Naturaleza y el Hábitat) / magíster licenciada Gabby Recto (Área Salud) / licenciada Carla Tuimil (Área Social y Artística) / magíster Mario Piaggio (Orden Egresados) / magíster licenciada Lucía Cabrera (Orden Docente) / arquitecta Helena Heinzen (Centros Universitarios del Interior) / arquitecto Roberto Langwagen (Secretaría)

Decano del servicio al que pertenece la publicación: magíster Enrico Irrazábal

Director del servicio al que pertenece la publicación: magíster Enrico Irrazábal

Encargada de Educación Permanente del servicio: Beatriz Facal

Responsable académico de la publicación: doctora Susana Martínez

Autoras de la publicación: Verónica Correa / Ilana Luksenburg / Ximena Malmierca / Susana Martínez / Patricia Natalevich

Evaluadores externos de la publicación: Alicia Kachinovsky

Diseño Gráfico Original:

Claudia Espinosa / arquitecto Alejandro Folga / arquitecta Rosario Rodríguez Prati

Corrección de estilo: Sofía Surroca - Graciela Muniz

Puesta en página: licenciada Andrea Duré

Fecha de publicación: Mayo de 2023

Cantidad de ejemplares: 200

ISBN: 978-9974-0-2008-5

ESTA PUBLICACIÓN FUE FINANCIADA POR LA
COMISIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PERMANENTE
EDITADA POR EDICIONES UNIVERSITARIAS
(Unidad de Comunicación de la Universidad de la República – UCUR)

INTRODUCCIÓN.....	7
PRIMERA PARTE	
ESTRUCTURA PSÍQUICA: DESAMPARO Y FUNCIONES PARENTALES, <i>Ximena Malmierca, Susana Martínez y Patricia Natalevich</i>	13
Funciones simbólicas parentales.....	14
Funciones parentales y estructuración psíquica.....	16
Función materna.....	17
Función paterna.....	20
La importancia del padre en las primeras etapas.....	21
De la función paterna a la función tercera.....	22
El lugar de la terceridad como fundamento en la estructuración psíquica.....	24
La parentalidad en condiciones de vulnerabilidad social.....	26
LITERATURA Y CINE COMO METÁFORAS DE CONCEPTOS CAPITALES, <i>Susana Martínez</i>	33
Dogtooth: un fracaso de la parentalidad.....	34
LAS ABUELAS DE DORIS LESSING: SEXUALIDAD FEMENINA Y LIGAZÓN PREEDÍPICA, <i>Ximena Malmierca</i>	37
COCO: LO TRANSGENERACIONAL EN LAS FUNCIONES PARENTALES, <i>Ximena Malmierca</i>	45
DESTINOS DE LA ILUSIÓN. DIALOGANDO CON WINNICOTT, <i>Ilana Luksenburg</i>	53
¿Qué es lo que nos hace sentir vivos?.....	54
De la omnipotencia al ser.....	56

LA INCIDENCIA DE LOS DISPOSITIVOS MÓVILES Y LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS EN EL TRABAJO CON LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES, <i>Verónica Correa Sapriza</i>	61
Mutación civilizatoria	61
Tránsito adolescente	62
Subjetividad actual: tiranía de la visibilidad y la primacía de lo sensorial.....	63
Tiempo y espacio. La aceleración, el presente engrosado y el culto de la urgencia	63
Reconfiguración de lo público y lo privado.....	64
Concepto de tiempo y espacio en la subjetividad contemporánea.....	65

SEGUNDA PARTE

EL DIAGNÓSTICO EN NIÑOS HOY: UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA (2018), <i>Ilana Luksenburg, Ximena Malmierca y Patricia Natalevich</i>	71
Diagnóstico y psicoanálisis	73
SOBRE LA CLÍNICA PSICOANALÍTICA DE NIÑOS, <i>Ilana Luksenburg</i>	77
La entrevista de padres.....	77
Motivo de consulta o demanda de ayuda	78
El lugar del niño en la fantasía de los padres	80
Aproximaciones técnicas	81
LA EXTRAÑA DESAPARICIÓN DE LA CAJA DE JUEGOS,	85
<i>Verónica Correa Sapriza</i>	85
LA ENTREVISTA DE JUEGO EN EL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS,	93
<i>Verónica Correa Sapriza</i>	93
Origen e historia del psicoanálisis de niños	93
Desarrollos posfreudianos	95
Niño, sujeto en constitución	95
Discurso, cuerpo, acto	96
Juego y discurso infantil.....	97
Especificidades y exigencias específicas en el análisis de niños	98

INTRODUCCIÓN

La presente publicación tiene como objetivo presentar en forma ordenada los conocimientos y reflexiones generados en dos cursos de Formación Permanente dictados en la Facultad de Psicología durante el año 2020: Teoría y Técnica del Psicoanálisis Contemporáneo y Clínica Psicoanalítica con Niños. Un Abordaje Teórico-Clínico.

A partir de diferentes artículos de psicoanalistas contemporáneos y viñetas clínicas publicadas en revistas científicas del medio, el primer curso proponía generar un espacio de reflexión teórico-clínico que brindara una mirada psicoanalítica a las problemáticas clínicas actuales. Convocaba a pensar acerca de la actualidad y vigencia del psicoanálisis a partir de los cambios civilizatorios del siglo XXI, en los cuales el sujeto reflexivo parece estar en declive. Consecuencia de ello seguramente sea la prevalencia de las patologías del acto, junto a un empobrecimiento del discurso que acompaña al sufrimiento; hoy la angustia retorna con el nombre de «ataques de pánico», o tras el ropaje de diferentes adicciones, trastornos alimentarios, automutilaciones, comportamientos todos en los cuales la ausencia de pensamiento y los pasajes al acto se constituyen en el denominador común. A nivel de la sociedad se constatan transformaciones en los lazos sociales, procesos de desestructuración y recomposición de los modelos familiares tradicionales que llevan a repensar el modelo de conceptos psicoanalíticos clásicos como el de complejo de Edipo y procesos identificatorios. Se asiste al surgimiento de las denominadas nuevas sexualidades, identidades cambiantes, avances tecnológicos que reconfiguran los vínculos y las modalidades comunicacionales, así como también las dinámicas vinculares de los tratamientos psicoanalíticos.

Se considera que los dispositivos psicoanalíticos proponen un lugar de pausa, de calma, de suspenso de la acción, así como una posición interrogativa para pensar, elaborar conflictos, simbolizar y procesar duelos inherentes al sujeto en relación.

El segundo curso, con un abordaje similar al primero, hacía foco en la clínica infantil. A partir de los pilares y fundamentos de la clínica psicoanalítica con niños, proponía ponerlos en tensión con algunos rasgos de la contemporaneidad, planteando un debate crítico y reflexivo sobre el atravesamiento que estas nuevas realidades puedan tener para el método psicoanalítico. Se entiende que son desafíos que se imponen hoy en la clínica, lo cual ineludiblemente conduce a revisitar nociones y conceptos centrales del dispositivo psicoanalítico para el quehacer clínico en la actualidad. De esta forma, se propuso un recorrido por los cambios que ha tenido el psicoanálisis infantil en general a lo largo de la historia, tomando la entrevista de juego como paradigma representativo de los tratamientos psicoanalíticos de niños. Se intentó dar cuenta del modo de trabajo actual con los niños nativos de las pantallas y los dispositivos hiperpresentes en su realidad.

Se sistematiza y organiza la información en dos partes, una dedicada a los fundamentos teóricos y a aquellos conceptos centrales trabajados en ambos cursos, dando el marco referencial para la segunda parte en la que se desarrollan los aspectos técnicos que apuntalan una clínica psicoanalítica actualizada.

En ambos cursos la metodología de trabajo se orientó a facilitar el aprendizaje activo de los participantes, inspiradas en el método dialéctico propuesto por Pichón Rivière (1976):

El que se desarrolla la espiral del conocimiento, implica un tipo de análisis que, a partir de los hechos elementales, las relaciones cotidianas, devela los principios opuestos, las tendencias contradictorias, fuentes configuradoras de la dinámica del proceso. Este método es el que permite la producción del conocimiento de las leyes que rigen la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, tres aspectos de lo real comprometidos en lo que denominamos «hombre-en-situación» (Zito Lema, 1993, p. 107).

Enseñaje, al decir de Pichon Rivière (1985), que intenta abarcar los tres modos de pensamiento: crítico, creativo y responsable. Esta modalidad de trabajo presupone una comunicación dialógica, una apertura a los demás, así como deseos de transformación de las prácticas.

De este modo, se hizo especial hincapié en elegir textos que fueran accesibles a los psicólogos participantes, y que cumplieran con el requisito de reunir riqueza conceptual, articulación con la clínica y claridad en su formulación a través de la metodología de enseñanza, emparentada con el actual enfoque pedagógico del aprendizaje basado en problemas (Savery, 2006), que ha venido ganando terreno en la formación académica centrada en el estudiante, ya que se ha constatado que

facilita la investigación, así como la integración de teoría y práctica. Es en esta línea que también se incorporaron producciones artísticas, fundamentalmente de la literatura y el cine, para facilitar la transferencia de conocimientos y habilidades, favoreciendo el afrontamiento de problemas de la práctica profesional contemporánea, pero también la construcción colectiva de nuevos saberes. Siguiendo en esta línea de nuevos abordajes pedagógicos, se utilizan obras literarias y películas como instrumentos metafóricos al servicio de ilustrar y revisar los conceptos trabajados.

PRIMERA PARTE



ESTRUCTURA PSÍQUICA: DESAMPARO Y FUNCIONES PARENTALES

Lic. Mag. XIMENA MALMIERCA,
Prof. DRA. SUSANA MARTÍNEZ,
Lic. Mag. PATRICIA NATALEVICH

Sabido es el desvalimiento inicial en que el bebé nace, así como también de la imperiosa necesidad del «auxilio ajeno» para poder sobrevivir. Otro/otros que lo quieran vivo y lo amparen frente a su indefensión. La palabra *amparo* (refugio) viene del verbo *amparar* y este del latín *anteparare*, que tiene como significado «proteger», «cobijar», «defender» y «resguardar». También «poner un parapeto defensivo delante, luego prevenir y proteger».

Desde el marco jurídico un recurso o acción de amparo es una garantía de naturaleza constitucional que se establece mediante un proceso de orden jurídico (ley de amparo n.º 16.011 del año 1985) que procede contra todo acto, omisión o hecho de las autoridades estatales o paraestatales (personas públicas, caja profesional, caja bancaria, etcétera) o privadas que configuren o puedan configurar una transgresión de los derechos subjetivos amenazados o afectados, que tiene como propósito restablecer el derecho vulnerado protegiéndolo y haciendo cesar los efectos de la amenaza o eventual lesión de esos derechos.

Por lo tanto, se entiende que dentro de las funciones parentales están tanto las funciones de resguardo, protección y cobijo como las de restablecimiento del orden y de rescate frente a lo subjetivo vulnerado.

Se considera que, tanto la maternidad como la paternidad se definen, más que por la biología y la supuesta verdad contenida en el ADN, por la eficacia de las funciones simbólicas y de transmisión intergeneracional. Funciones simbólicas parentalizantes (Schroeder y Balparda, 2015) imprescindibles para que el bebé pueda sobrevivir no solo en el plano de lo biológico, sino para que también pueda irse estructurando psíquicamente.

Amparos-desamparos que también se reeditan en los padres en el ejercicio de sus funciones, en relación con sus respectivas historias infantiles, y que actuarán de cruz o palanca a la hora de consultar.

Cada vez que consultan por un niño, se escucha primero al niño en sus padres. Los encuentros con ellos permitirán saber cómo y dónde se ubica a ese hijo: cuánto los gratifica, cuánto los desilusiona, cuánto ese hijo es un testigo incómodo o necesario de sus propias insuficiencias. En muchos casos, son ellos los que dictaminan las conductas que consideran como patológicas. Pero a la vez son los padres los que, sin saberlo, erotizan, prohíben, son modelos de identificación, portadores de normas e ideales, primeros objetos de amor y de odio, en definitiva: transmisores de cultura. Así, sus deseos, sus temores, inseguridades, sus modos defensivos, sus normas superyoicas tienen un poder estructurante sobre el psiquismo infantil (Janin, 2012).

Cuando el bebé nace, y aún antes de nacer, se ve inmerso en una historia que lo precede: sobre él recaen sentimientos, deseos, anhelos provenientes de su entorno. Entra en una cadena de representaciones en la que va a ocupar un eslabón, que lo une y lo encadena a lo que lo antecede: «Será brillante como la madre», ¿será un vago como el padre?», «es para el hermano para que no quede solito...», «es para la abuela...». Todos enunciados identificatorios que denuncian y encubren complejas historias de varias generaciones.

Funciones simbólicas parentales

Se propone trabajar sobre la noción de *parentalidad*, *lo paterno* y *lo materno* en términos de funciones simbólicas parentales (Schroeder y Balparda, 2015), separando el sexo y el género de la función parental.

Siguiendo el planteo de los colegas mencionados, se comparte que la noción de *padre* en occidente es una construcción histórica, tributaria de las formas tradicionales del dominio masculino: el dios padre de las religiones monoteístas, el pater familia romano, el rey padre de la monarquía (p. 124).

A partir del advenimiento de las instituciones democráticas nacidas de la Revolución francesa, se han visibilizado transformaciones estructurales que han venido afectando a la organización social de la civilización occidental y, por lo tanto, también en la configuración de los vínculos familiares. Durante el siglo xx, lo más destacable ha sido el reposicionamiento del lugar de la mujer: la liberación sexual a partir de la revuelta del movimiento feminista y la aparición de las pastillas anticonceptivas,

la liberación de los confines de los roles tradicionales (ama de casa, madre, encargada exclusiva del sostén emocional y educación de los hijos) con la salida al mercado laboral. Es así que comienzan a emerger nuevas figuras de padres, ampliándose a lo que los autores citados denominan «nuevas parentalidades», en tiempos de predominio de la ciencia, la tecnología y la globalización.

«La cultura patriarcal hegemónica de la modernidad distinguía, con una clara lógica dicotómica, lo masculino de lo femenino» (Shroeder y Balparda, 2015, p. 124), lógica dicotómica actualmente puesta en cuestión, dadas las actuales variantes sexuales de la cultura postpatriarcal: diversidades sexuales y de género que coexisten en el presente, y que se han venido visibilizando en las denominadas nuevas parentalidades.

En el campo del derecho de distintos países, por ejemplo, escuchando las reivindicaciones de las parejas homoparentales de tener hijos y formar una familia, se han establecido nuevas disposiciones legales para reconocerles el derecho a adoptar. Situación en la que también han incidido los avances en la investigación sobre la reproducción humana, tanto hombres como mujeres pueden tener hijos biológicos, prescindiendo de un vínculo heterosexual.

Actualmente la maternidad se distribuye en distintas madres según la función ejercida en el proceso, puede referirse a la madre genética, que dona sus ovocitos; la madre portadora, quien tiene a su hijo nueve meses en su vientre y lo da a luz; la madre social, que se encarga de criarlo y cuidarlo; la madre legal, con la libertad de eliminar la huella del padre genitor. A raíz de estos cambios, parafraseando a los autores citados, «se desdibujan las fronteras sexuales y se desacoplan familia, sexualidad, amor, género y relaciones de poder» (p. 125), llevándonos a interrogarnos por el lugar del hombre, de la mujer, el sexo y el género y sus diversas manifestaciones, el lugar del alter, de las diferencias (con el otro, entre las generaciones) y su valor estructurante.

Por lo tanto, se ha tornado imprescindible la reformulación de los conceptos tanto de *maternidad* como de *paternidad*, dislocándoles de su determinismo genético.

Siguiendo los planteos de Schroeder y Balparda (2015), que se basan en los aportes de Cabella y Nathan (2014), en Uruguay a partir de la década del ochenta se asiste a la segunda transición demográfica: una caída significativa de los matrimonios y un sensible aumento de separaciones y divorcios, el aumento de las uniones consensuales (80% en el 2012), así como también de los nacimientos extramatrimoniales (71% en 2010). Por otro lado, la fecundidad pasó a ubicarse por debajo de dos hijos por mujer (Cabella y Nathan, 2014).

Estos datos revelan importantes cambios en la estructura familiar, poniendo al descubierto nuevos acuerdos, nuevas maneras de agruparse, desafiando los patrones de funcionamiento y los ideales intrínsecos a la familia nuclear propia de la modernidad, generando nuevas conflictivas intrafamiliares que es necesario atender. Hoy coexisten:

- fracturas y reconfiguraciones conyugales y de la fratría;
- redefinición del vínculo con el padre que ya no convive con sus hijos;
- nuevas adaptaciones con el padre que convive con ellos;
- aumento de los hogares monoparentales: casi el 90% de estos hogares con jefas mujeres separadas o divorciadas;
- el censo del 2011 indica que 1 de cada 4 niños de entre 0 y 4 años no convive con sus dos progenitores (p. 125).

Nos proponemos trabajar respecto a la interrogante «¿cómo se ejercen las funciones simbólicas inherentes a los procesos de subjetivación, tanto en las familias como en las diferentes formas de lazo social, en el contexto de esta segunda transición demográfica?» (Shroeder y Balparda, 2015, p. 126).

Haremos un recorrido teórico de estos conceptos, intentando articularlos con aportes desde la clínica, el amparo en su función subjetivante, así como el desamparo en sus efectos desorganizantes. Amparos-desamparos que también se reeditan en los padres en el ejercicio de sus funciones y en relación con sus respectivas historias infantiles.

Funciones parentales y estructuración psíquica

La constitución del yo implica todo un trabajo psíquico fundamental para sentirse separado de los objetos primordiales, y en este proceso la función materna juega un lugar primordial. Al principio madre-bebé conforman una unidad (Winnicott, 1963) imprescindible para que el *infans* sobreviva. La madre suficientemente buena en los primeros momentos debe ser una madre devota, tras una adaptación activa a las necesidades del pequeño. Es la encargada de despertar las pulsiones en su bebé: con sus caricias, su mirada y su voz va libidinizando al pequeño, y habilita la constitución subjetiva. No obstante, la función paterna o interdictora también es central para la constitución subjetiva, opera como el tercero externo y permite la interiorización de esta en el psiquismo materno.

Función materna

La madre anticipará la existencia del sujeto por venir, cuando el bebé aún no está conformado. Ella anticipará para él un lugar aun antes de engendrarlo. Tal operación de anticipación impulsará el recubrimiento narcisista y le llevará a iniciar un derrotero identificatorio. En este sentido, por ejemplo, se lo espera con un nombre. El deseo de la madre, como función, realiza anticipadamente el sostén narcisístico.

En el nacimiento de un hijo el idilio es un tiempo necesario, tiempo para la madre de una ilusión fálica necesaria, en que el hijo la completa. Sin esa ilusión el niño podría ser descuidado y hasta abandonado, no entrando en la economía libidinal del otro materno.

Winnicott, pediatra y psicoanalista británico, desarrolló sus teorías entre 1920 y 1970. Sus aportes surgen en un diálogo con la teoría kleiniana y nos propone pensar paradojas de la estructuración psíquica.

Para el autor, madre y bebé al principio forman una unidad, esto significa una nueva entidad psicológica que no es solo la suma de las partes. Se conforma un compuesto madre-bebé. Entonces, el desarrollo psicológico no es solamente el estudio del crecimiento de la psique del *infans* desde lo arcaico a la madurez, sino que es el estudio desde la madre-bebé hasta convertirse en una madre y un bebé separados.

Nos propone pensar el desarrollo emocional como un recorrido desde la dependencia absoluta entre el bebé y su madre (o cuidador primario), pasando por un período de dependencia relativa que avanza hacia una independencia creciente, también relativa, nunca completa, ya que el individuo siempre se encuentra en relación con el ambiente.

En este recorrido resulta imprescindible pensar el bebé en diálogo con su contraparte ineludible para sobrevivir, dada la dependencia absoluta del recién nacido: lo que Winnicott (1963) llamará «el ambiente facilitador». La cualidad de ese «diálogo» o «danza» entre ambos será esencial para determinar el curso hacia la normalidad o la patología del pequeño.

El ambiente facilitador comienza siendo el vientre de la madre con sus funciones de protección y sustento. Provee un entorno que concede al bebé el tiempo que necesita para madurar antes de enfrentarse con la tarea inevitable de la separación física que se producirá al nacer (Ogden, 1989).

Luego del nacimiento estas funciones serán satisfechas por la madre, con sus deseos de vida hacia su bebé, funcionando como una unidad integradora —dispensadora de afectos y técnicas de crianza (*holding*,

handling y *object presentation*)—, y le aportarán el amparo, los reaseguros libidinales y afectivos necesarios para ir enfrentando los desafíos y exigencias de la realidad extrauterina. El papel de la madre en los primeros meses de vida, con su envoltura, le va dando al pequeño un tiempo para que vaya madurando desde el punto de vista biológico, para que pueda producirse el aplazamiento de la separación psicológica. El bebé se desarrolla en la envoltura protectora con efecto retardado del entorno materno.

Este ambiente facilitador hace posible el progreso de los procesos de maduración; o sea, permite que el yo vaya surgiendo, se vaya constituyendo. Hablamos en gerundio porque es algo que se va construyendo, en proceso, en una ineludible dependencia de otro. Todo lo que le pase a la madre (duelos, enfermedades, imprevistos de la vida), inevitablemente dejará marcas en el vínculo.

Winnicott habla de la «preocupación maternal primaria» de los primeros tiempos, durante la cual la madre está entregada al cuidado del bebé, con quien se identifica profundamente para intentar comprender y colmar sus necesidades a tiempo como para que no se adviertan. La madre debe crear en el pequeño la ilusión del objeto subjetivo, de que es el bebé quien crea al objeto, de que la realidad externa y la interna es lo mismo. En los comienzos la madre es capaz de proporcionar al bebé lo que necesita, cuando y como lo necesita, de una manera tal que genera la experiencia del «como si» él mismo estuviera creando el objeto. En la dependencia absoluta el bebé no se percata de la existencia de la madre, de otro. Winnicott dice que madre y bebé forman una unidad, generando la ilusión de una «unicidad invisible». Podemos pensar que lo ilusiona con la idea de que la necesidad no existe (Ogden, 1989). Al satisfacer de manera inmediata las necesidades del bebé, lo protege contra una conciencia prematura de separación. Así, el bebé puede «seguir siendo», puede haber una continuidad en su existir: la madre debe proveer el agua del baño a la temperatura adecuada para el niño, y cuando sienta hambre y llore, esta será saciada. Es en el marco de esta continuidad de experiencias de tensiones-satisfacciones que se va a ir construyendo la base de un *yo corporal*. Luego, de a poco, se irán introduciendo pequeñas fallas que habiliten el pataleo y la rabia en el bebé, necesarias para ir dejando «espacios en blanco», espacios habilitadores de las posibilidades de ir despertando sus propios recursos adaptativos para ir aprendiendo a afrontar y lidiar con la realidad frustrante. Winnicott afirma que los cuidados maternos no deben ser excesivamente buenos, sino «suficientes», ya que si se satisfacen todas sus necesidades antes de que se vivencien como apetitos al bebé se le despoja de la vivencia de deseo, lo cual constituye el verdadero motor para la vida psíquica.

Lentamente la madre reemprende su propia vida. Una madre que no puede ir fallando gradualmente en la adaptación sensible, falla en otro sentido, el de procurar las experiencias para que el aparato psíquico y las actividades de pensamiento comiencen a desarrollarse. Es necesario que el infante vaya expresando su rabia para que esta pueda irse uniendo al amor. Estamos entonces ante el inicio de la dependencia relativa donde el infante de a poco comienza a percatarse de la dependencia. Cuando el bebé se percata de que la madre no está se da cuenta de que la madre es necesaria. Este período va de los seis meses a los dos años. Es posible observar cómo en este período a la madre le cuesta dejar al infante porque sabe de su angustia cuando ella no está.

Winnicott nos propone esta afirmación paradójica: la madre tiene que proteger al bebé de la conciencia de deseo y separación, así como salvaguardar las oportunidades que se le abren al bebé de vivenciar el deseo junto a la conciencia de separación. Sin embargo, es muy importante la dosificación de la frustración para que sea algo gradual y no provoque ansiedades catastróficas que amenacen la incipiente integración psíquica.

Más tarde, el infante comienza a comprender que hay acontecimientos que escapan a su control, que la madre tiene una vida separada de él: comienza a sentir que vive en su cuerpo, que hay un exterior y un interior y que su realidad interior se enriquece con la exterior, situación que coincide con la aparición del lenguaje.

En este proceso, desde la dependencia absoluta a la independencia creciente, que nunca es absoluta y que va a ir cambiando a medida que el niño crezca, sea adolescente y luego adulto, Winnicott destaca las experiencias de transición como facilitadoras del proceso de separación: la transicionalidad y sus fenómenos que inauguran la diferenciación yo-no yo, lo propio de lo ajeno, lo subjetivo de lo objetivo: espacio potencial zona de «las primeras posesiones no-yo» que irán cobrando forma, dando lugar a los fenómenos y objetos transicionales, y que se extenderán al juego simbólico, las artes y la investigación. Esto lo define como «una tercera zona de la experiencia humana».

Introduzco los términos *objetos transicionales* y *fenómenos transicionales* para designar la zona intermedia de la experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado, entre el desconocimiento de la deuda y el reconocimiento de esta (Winnicott, 1971, p. 18).

Podemos pensar que el parloteo de un bebé (objeto transicional) o alguna canción que un niño más grande se canta cuando se va a dormir constituyen fenómenos transicionales. El espacio transicional es una zona intermedia de experiencia a la que contribuyen la realidad interior y la realidad exterior, entre lo subjetivo y lo que se percibe en forma objetiva.

Estas experiencias paradójales van acompañadas por la formación de pensamientos y fantasías. Estos objetos llegan a adquirir una importancia vital para el bebé en el momento de dormir, de separarse, y lo calman frente a la ansiedad que esto genera.

Función paterna

«El desvalimiento de los seres humanos permanece, y con él su añoranza del padre» (Freud, 1927).

¿De qué formas en este proceso ingresa la función paterna, el lugar de la terceridad, como fundamento en la estructuración psíquica?

Para pensar acerca del papel del padre en la estructuración psíquica del niño y la paternidad, tomaremos el aporte de la perspectiva lacaniana acerca de la función interdictora del padre, en su doble prohibición: hacia el niño y hacia la madre.

Buena parte de las teorizaciones se han centrado sobre los estadios preedípicos, especialmente el primer año de vida y la relación del bebé con la madre, habiendo quedado el papel del padre desdibujado, o ausente, o relegado al sostén materno, para aparecer centralmente luego con la conflictiva edípica y con las identificaciones secundarias.

Muchos autores, sin embargo, han destacado la importancia de la presencia real del padre, sin desconocer la importancia del deseo y la fantasmática, en las primeras etapas de la estructuración psíquica.

Urribarri, en su artículo *Estructuración psíquica, padre y paternidad* (1997), hace un recorrido sobre el papel del padre en la obra de Freud. En los inicios de su obra abandona la hipótesis traumática, y descrea de la seducción de los padres para pasar a tomar las manifestaciones de sus pacientes como producto de sus fantasías, apartándose de este modo de los «hechos reales».

Sin embargo, Freud, a lo largo de su obra, destaca en distintos artículos la importancia de la realidad vivida por el sujeto con su padre en los primeros tiempos de estructuración psíquica.

En el historial de Schreber, por ejemplo, habla de los terribles métodos educativos del padre, la relación con su hijo y su vinculación con los posteriores síntomas de su enfermedad.

En *Leonardo* trae cómo la identificación con su padre tuvo una fatal consecuencia en su actividad artística. Creaba sus obras, y luego ya no las cuidaba, como su padre lo había descuidado a él.

Más sobre el final de su obra, Freud (1927 y 1939) señala la vinculación de los sentimientos religiosos con la necesidad de la mayoría de los hombres y mujeres de sostenerse en esas creencias frente al desamparo y la indefensión originarios. El dios padre protector que a veces puede ser vengativo y autoritario es el dios padre.

La importancia del padre en las primeras etapas

Kaplan (Urribarri, 1997), autor influido por M. Mahler, destaca la importancia del contacto visual y corporal del padre con el bebé recién nacido, que despiertan su cualidad paterna y evitan su aislamiento, convirtiéndose así «en parte de la vida del bebé desde el principio».

El contacto con el padre es, desde el principio, una experiencia excitante de “el otro”, y sirve para atraer al bebé fuera de la órbita simbiótica (Urribarri, 1997, p. 119).

El bebé que ha tenido padre desde el principio ha experimentado sus cuidados, y «a menudo fue la calma voz del padre y sus brazos lo que suavizó las tensiones del bebé (cumpliendo la función materna de *holding*), habiendo estado el bebé enterado de la presencia del padre todo el tiempo, va midiendo las diferencias entre la presencia de su padre la de su madre» (Kaplan, 1978, como se citó en Urribarri, 1997).

Es durante la fase locomotriz (10-12 meses) que la ligazón con el padre toma mayor impulso, el padre se torna representante del afuera, el espacio más valorado por el niño a esa edad (Edward, Ruskin y Turrini, como se citó en Urribarri, 1997).

Mahler (1978) destaca «a importancia de la relación con el padre, ligada al deseo infantil de autonomía, con negativismo hacia la madre y una ampliación de su mundo». Señala que: «El padre, como objeto de amor, desde épocas muy tempranas en adelante pertenece a una categoría de objetos de amor totalmente distinta de la madre» (Urribarri, 1997, p. 120).

El papel del padre en ayudar a su hijo a diferenciarse de su madre, a diferenciar a la madre de otros, mujeres de hombres, femineidad de

masculinidad, continúa siendo decisiva a la largo de la infancia, pero especialmente durante los tres primeros años, cuando la diferenciación es el empuje central de la vida.

Finalizado el primer año ya dan señales de especularización con el padre en sus juegos y movimientos corporales. Al comienzo del segundo año muchos muestran una decidida preferencia por el padre. Sin embargo, en hogares sin padre u hogares donde la madre domina a un pasivo o sumiso padre y hogares donde el padre está retirado o apartado, el niño tiene dificultades en liberarse de la relación especular uno-a-uno con su madre, y el riesgo de no lograrse se presenta. Pero la presencia del padre no es suficiente, el padre debe tomar un papel activo en las coreografías madre-hija o madre-hijo (Kaplan, como se citó en Urribarri, 1997, p. 120).

M. Mahler dice que el infante, probablemente, percibe muy pronto que existe una relación especial del padre con la madre que adquiere significación durante la fase de separación-individuación, en la fase preedípica. El progresivo conocimiento de la especial relación de padre y madre entre ellos y como pareja va generando un proceso de triangulación, promueve la capacidad del niño para las relaciones triádicas y facilita nuevas identificaciones. Este proceso de triangulación no solo contribuye a la formación de la autoimagen por la vía de la identificación, sino que abre el camino a la posterior negociación del complejo de Edipo.

De la función paterna a la función tercera

Glocher (2015) propone reconsiderar la noción de *función paterna* a partir de los cambios que se vienen dando en la estructura de la familia nuclear, las familias monoparentales, las familias constituidas por parejas no convencionales, entre otros, que ponen en cuestión las organizaciones patriarcales y generan interrogantes con respecto a las leyes de filiación y parentesco establecidas.

Esta autora propone establecer diferencias entre *función paterna* y *función tercera*. «Si bien ambas expresan una función simbólica, la primera está ligada indisolublemente al denominado nombre del padre —a su metáfora— aunque remite inevitablemente, en un sentido más concreto, al padre o sus sustitutos. Pero, queda un interrogante pendiente ¿por qué mantener la función de “paterna” para una función eminentemente simbólica?».

La función simbólica que se le atribuye al padre tiene que ver con la función de separación madre-hijo, función de corte. Glocher cuestiona si

de este modo no se deja a la madre en un lugar lateralizado, ubicada en un lugar exclusivamente pulsional que remite al atrapamiento con el hijo, sin posibilidades propias de generar la separación.

Como consecuencia, dice la autora, esto podría desmentir la posibilidad de que existan suficientes reservas simbólicas en la madre como para desear y promover esa separación como función propia.

Por estos motivos, consideramos que la denominación función tercera explica con más propiedad esas operatorias simbólicas. Estas funciones no pertenecen ni a la madre ni al padre. Se trata de operatorias simbólicas que ambas (u otros) pueden ejercer (Glocher, 2015, p. 179).

El padre real puede o no cumplir estas funciones. De la misma manera que la madre puede estar adherida fusionalmente al hijo o puede desear y estar en condiciones de establecer separaciones creativas (p. 179).

Ema Ponce de León (2017) destaca el valor esencial en la parentalidad de la función diferenciadora, ya que no se da naturalmente el ingreso del niño al universo de las diferencias. Esta posibilidad dependerá de cómo se haya ido inscribiendo la diferencia en el vínculo parental, y su respectivo posicionamiento en lugares recíprocos, como plantea la autora, y tal vez complementarios. Proceso que se gesta desde antes del nacimiento. «Este aspecto de condición estructurante para el hijo que surge de la asimetría generacional me lleva a proponer la idea de una “función diferenciadora parental”» (Ponce de León, 2017, p. 72).

La autora manifiesta lo siguiente:

La función diferenciadora parental» tal como la propongo opera desde la madre o el cuidador primario, sustentada en el reconocimiento previo del lugar del otro parental como diferente de sí, además de la necesidad de la presencia de ese otro. Sin embargo, es fundamental la aparición para el niño de un tercer objeto, para redimensionar la diferencia, resignificar de un modo nuevo, en un espiral progresivo de complejidad, el universo de diferencias vivenciado con el objeto primario. Este tercer objeto introduce un «tercer lugar» en el mundo intersubjetivo y en las representaciones internas del bebé. «La función diferenciadora» no depende del género de quienes la ejercen, sino del reconocimiento de las diferencias, por parte de los padres, de que se necesitan dos para dar lugar a un nuevo ser, un pasaje de dos a tres, todos diferentes entre sí. También se debe reconocer el género del hijo, la existencia de dos sexos y sus diferentes funciones para la concepción (pp. 77-78).

Poniendo foco en el atravesamiento de emergentes socioculturales contemporáneos, el impacto psíquico de la globalización, la masificación del consumo y la proliferación de discursos políticos y religiosos que aspiran a borrar lo ajeno, a excluir al diferente, al vivido como «extranjero», nos dice:

El universo de las diferencias emerge sobre el trasfondo ilusorio de la fusión sin fisuras, de lo homogéneo y lo especular que configura el campo narcisista necesario en los inicios de la vida. Este campo se reactualiza una y otra vez en la búsqueda de otro que sienta y piense igual, que me refleje, que sincronice su deseo con el mío, que no altere la ilusión de una armoniosa unidad totalizadora, y eludir así el sentimiento de pérdida, carencia y separación (pp. 78-79).

El lugar de la terceridad como fundamento en la estructuración psíquica

Como dijimos anteriormente, al principio madre y bebé componen una díada en la que no pueden inscribirse como sujetos separados. El bebé, a medida que se va desarrollando, comienza a transitar a la independencia, y para esto es fundamental que intervenga un tercero, el padre como figura o función. Este deberá estar presente al menos en la mente de la madre, y es esta quien tendrá la tarea de presentar al padre del bebé como un tercero, quien luego ejercerá el corte entre madre-bebé.

Lacan denomina así la función interdictora del padre, que contiene una doble prohibición: hacia el niño y hacia la madre.

En cuanto al padre, será el padre nominativo («tú eres hijo de») y la voz de la autoridad. Es importante que la función paterna muestre la ley, mencionando al niño que es su hijo, ya que eso le demostrará sobre qué mujer cae la prohibición al incesto. Deberá romper con el idilio de la relación madre-hijo como uno solo para ayudarlo en el camino de la diferenciación. Entonces, la nominación asienta la prohibición y restringe el goce, a la vez que permite el respeto y amor al padre (Flesler, 2007).

Flesler (2007) se refiere al padre como función nominante. Con esto pretende explicar que una persona es padre justamente por ser denominada como tal. La función nominante del padre introduce un obstáculo tanto en la díada madre-hijo como en su propio goce. Por tanto:

La nominación, de este modo, vectoriza la prohibición y limita el goce en varios sentidos. Al hijo, al indicarle que hay una mujer con la que no alcanzará satisfacción. A la madre, al desearla como mujer, y hacerla no-toda madre, y a sí mismo, a su vez, al recordar que su lugar de padre es deudor de un nombre. El padre deberá hacer a la madre objeto de su propio deseo, de esa manera ya no será solamente madre. Al limitar el goce del hijo, mostrándose como deseante, dona su castración, ya que todo deseo tiene origen en la pérdida de un goce. Por lo tanto, el padre deberá ser el padre de la castración, ya que el ser deseante busca el goce que le falta, y deseará encontrarlo en el cuerpo de una mujer (su madre). Por el contrario, al mostrarse como padre del goce, nunca desearía a una mujer, aquí no operaría la castración. La falla sobre la función paterna imposibilita el corte del goce madre-hijo, impidiendo que se diferencie de ella, y se constituya como sujeto, en cuyo caso estaríamos hablando de una psicosis (Flesler, 2007, p. 49).

Mannoni (1983) retoma el concepto de Lacan sosteniendo que el padre ingresa en el mundo del niño encarnando la ley, y que de esta manera permite el acceso de este a la idea de la justicia.

De esta manera, para el modelo psicoanalítico, el padre representa el mundo exterior, la autoridad y la ley.

Mannoni (1987), en su libro *La primera entrevista con el psicoanalista*, habla de las situaciones en que se dan sustitución de los roles madre-padre-hijo. Dice al respecto:

Toda asimilación de la madre al rol del padre es patógena, tanto cuando la madre decreta que el padre es incapaz y se coloca en su lugar, como cuando él está ausente o ella no toma en cuenta sus deseos. Al actuar de este modo, la madre se refiere obligatoriamente a su propio padre, o si no a un hermano, o a su propia homosexualidad latente o a otros hombres de más valor que el padre del niño, hombres idealizados por ella, quien se siente impotente por no haberlos escogido como compañeros. Toda situación en la que el niño sirve de prótesis a uno de sus padres, progenitores, hermano, hermana, o abuelo del polo complementario, compañero faltante o no valorizado, por casto que sea en los hechos, ese compañerismo es patógeno (Mannoni, 1987, p. 22).

Dejamos planteado, tal vez para ser considerado en otro momento, la afirmación de que en la actualidad asistimos a una caída o declinación de la función paterna.

La parentalidad en condiciones de vulnerabilidad social

Lo expresado en las líneas precedentes ha dado cuenta de que la prematuridad del cachorro humano torna imprescindible la figura del semejante auxiliador, tal como fue señalado por Freud (1895), tanto para la supervivencia física como para la estructuración psíquica. Se han establecido algunas reflexiones acerca de las características del funcionamiento de la parentalidad en la época actual. Se apelará luego, en el próximo capítulo, a producciones artísticas como la literatura y el cine para tener un acercamiento a los efectos que pueden generarse cuando acontece algún déficit en esta. En este apartado se pretende introducir una línea de pensamiento sobre parentalidad en situación de vulnerabilidad social.

En un artículo publicado anteriormente (Martínez, 2018) se establecía la pregunta acerca de los efectos en la estructuración psíquica cuando la familia, en función de su vulnerabilidad social, no puede hacerse cargo de brindar el sostén necesario inherente a la parentalidad. Las relaciones entre funcionamiento mental y pobreza vienen siendo estudiadas desde hace varias décadas, pero sin duda fue Werner (1985) quien, desde una perspectiva más epidemiológica, llevó a cabo una de las investigaciones pioneras sobre el tema. Durante casi treinta años, realizó un estudio longitudinal de unos setecientos sujetos desde su cuarta semana de gestación hasta los 18 o 25 años de acuerdo con el riesgo de enfermar que identificó. Habían nacido en situación de pobreza extrema, y habían permanecido durante su infancia y adolescencia expuestos de forma sostenida a acontecimientos potencialmente traumáticos. La investigación identificó dos momentos que serán cruciales para el ulterior desarrollo del niño, el primero de ellos situado en los dos primeros años de vida, donde el vínculo con la madre parecía ser más central, y el otro, un poco más tardío, en el cual adquiere más relevancia la figura del padre.

En Uruguay, el Grupo Interdisciplinario de Estudios Psicosociales (GIEP), perteneciente al Departamento de Psicología Médica de la Facultad de Medicina de la Udelar, investigó una muestra representativa de familias pertenecientes a contextos de pobreza y con niños menores de 5 años a su cargo. El objetivo planteado pretendía una mejor comprensión del daño que provoca la pobreza en el desarrollo infantil. Las hipótesis en las que se basaba la investigación eran, por un lado, la consideración de un efecto acumulativo de los denominados factores traumáticos, y, por otro, la existencia de una compleja red de sostén para el desarrollo del niño en tanto mantiene el equilibrio de la familia. Los efectos de la

pobreza no pueden considerarse como un desenlace lineal reducible a la carencia material, sino que dependerá de complejos procesos inter e intrasubjetivos. Una de las conclusiones de esta investigación es la constatación de lo que los autores dieron en denominar «disponibilidad parental asediada», situación que conspiraría con el ejercicio adecuado de las funciones parentales (Bernardi, Canetti, Cerutti, Roba, Schwartzmann y Zubillaga, 1996). El exhaustivo rastreo de antecedentes realizado por Bernardi et al. (1996) culmina con una síntesis en la que se establece que el desarrollo adecuado de un niño requiere de:

- Un entorno proveedor de experiencias relacionales emocionalmente significativas.
- Un entorno facilitador para los procesos de integración de las experiencias en una identidad personal y social cohesiva y abierta al cambio.
- Un entorno que habilite los procesos de simbolización y representación de las experiencias.

La situación de vulnerabilidad asociada a la pobreza se vincula con un fenómeno complejo de privación en el que se articulan y sobredeterminan múltiples factores que generan luego efectos negativos sobre el desarrollo infantil e inciden en la estructuración psíquica. La vulnerabilidad y la desafiliación provocada por el escaso sostén social impactan sobre las capacidades del sujeto para constituirse como tal. Es así, entonces, que los escasos recursos materiales se tornan en metáfora de los recursos internos disponibles para la constitución psíquica. La pobreza material se transforma en precariedad simbólica (Mazzoni, Stelzer, Cervigni, y Martino, 2012).

Apelando a los términos utilizados por Bernardi et al. (1996), en la situación de pobreza se estaría frente a una disponibilidad parental asediada que no puede garantizar un tránsito adecuado desde la dependencia absoluta hasta la independencia, porque el cuidado suficientemente bueno del que habla Winnicott para el desarrollo saludable no puede establecerse.

Las diferentes escuelas psicoanalíticas con sus respectivas posiciones metapsicológicas han fundamentado extensamente la importancia de la parentalidad temprana para la estructuración del psiquismo. Como ya se dijo, es la respuesta del semejante auxiliador al estado de indefensión inicial la que posibilita la vida tanto en el plano biológico como psíquico. Tal como plantea Bleichmar (1993), si todo transcurre adecuadamente, la madre tomará a su cargo los cuidados físicos y psíquicos de su hijo a través de una apropiación deseante, implantando así lo pul-

sional, y, al mismo tiempo, a través de la ligazón psíquica, contemplará la capacidad metabolizadora, procurando evitar el desborde excitatorio potencialmente traumático. En este contexto, la función de terceridad será crucial para limitar el goce del circuito narcisista deseante establecido entre la díada.

Green (1996) establece la noción de *lo negativo* como instrumento teórico que permite pensar el efecto en el psiquismo de las fallas primarias del sostén de la función materna. El trabajo de *lo negativo* operaría sobre la ligazón representacional, generando desconexión en lugar de conexión, y es el modo de representar la ausencia de representación que el autor conceptualiza como *alucinación negativa*. Este modo de inscripción incidirá luego sobre los vínculos que quedarán afectados por esta negatividad iniciática.

Benyakar (2005) define como disruptivos a aquellos eventos o entornos que por sus cualidades tienen la capacidad de provocar efectos intrapsíquicos desestabilizadores.

Una situación adviene disruptiva por una mecánica totalmente diferente de la que está en juego en las situaciones problemáticas. Su estatuto disruptivo se debe a una cualidad interna de lo fáctico, más allá de los deseos activados en el sujeto (aun si, secundariamente, puedan vincularse) (p. 33).

Se trata de hechos que exigen de un plus de trabajo psíquico para su elaboración por las cualidades propias del fenómeno, independientemente de las necesidades o deseos internos del sujeto. Es decir, tienen en sí mismos la capacidad potencial de afectar al sujeto independientemente de su historia, sus conflictos, estructuración psíquica y organización defensiva. Claro que la actualización definitiva en trauma dependerá de esos otros aspectos que habilitarán o no el trabajo psíquico requerido para su elaboración.

Existe una diferencia tajante y radical entre el mundo de lo fáctico y el mundo de lo psíquico desde el punto de vista de las leyes que operan en cada uno de ellos. Sin embargo, no debe olvidarse que una de las funciones de la constitución del aparato psíquico es la adaptación al mundo fáctico, y que la adaptación a la realidad es uno de sus principios rectores. El advenimiento a la vida supone la inmersión en el mundo de lo fáctico, que se presentará al inicio como una fuente de estímulos externos (visuales, auditivos, táctiles, de temperatura, de presión, etcétera) e internos (dolor, hambre, etcétera) que requerirán ser procesados para la sobrevivencia. Esta distinción, no obstante, opera para el observador externo, puesto que para el ser incipiente que los percibe esa posibilidad de diferenciación será el resultado de un largo proceso.

A partir de la magnitud y la potencialidad traumatogénica de los estímulos provenientes del mundo fáctico, Benyakar (2006) distingue eventos y entornos disruptivos. Define al *entorno disruptivo* como aquel «medio humano y físico masivamente distorsionado por la ocurrencia de hechos disruptivos, que instalan una deformación ambiental, que puede devenir crónica. Los entornos disruptivos son aquellos contextos vitales en los que se dislocan las relaciones entre las personas y entre estas y el medio físico y social» (p. 69).

Según este mismo autor, un entorno disruptivo, independientemente de que se trate de una guerra, una situación crónica de terrorismo o de crisis económica generalizada y consolidada, se caracterizará por una serie de denominadores comunes a saber:

- Inoperancia o ruptura de las normas que en el pasado estructuraban la vida social.
- Fracaso de las instituciones sociales en el cumplimiento de sus funciones originarias.
- Los sujetos quedan inmersos en un estado de incertidumbre patológico y de desconfianza.
- La percepción de la realidad y del sí mismo se distorsiona, generando confusión y desconcierto. Se trata de una distorsión crónica del ambiente al que pertenece el sujeto, que genera un vivenciar traumático capaz de afectar el funcionamiento psíquico en su totalidad, sobre todo si se trata de un aparato psíquico en construcción. De acuerdo con estas determinaciones, la situación de pobreza puede, entonces, definirse como entorno disruptivo potencialmente traumatogénico.

La prematuridad humana requiere de la presencia de un otro experimentado, el semejante auxiliador, imprescindible para el procesamiento de toda esa estimulación a partir de la acción específica, forma en que Freud (1895) define las conductas de alimentar, abrigar, limpiar, cuidar propias de la interrelación de la diada en los comienzos de la vida y que rescatan al pequeño ser de ese desamparo inicial. Comportamientos que tendrán luego, como ya se dijo, incidencia en la constitución psíquica. Se concluye entonces que si bien el mundo de lo fáctico tiene existencia material independientemente del sujeto, para el sujeto aquel existirá a partir de su mundo psíquico, que a su vez se constituye, estructura o desarrolla (según la posición metapsicológica de la que se parta) a partir de ese encuentro significativo con el otro.

Las diferentes posiciones metapsicológicas dentro del modelo psicoanalítico tienen a su vez sus propios modelos teóricos sobre la consti-

tución y el funcionamiento del psiquismo; no obstante, la consideración de distintas localidades psíquicas (punto de vista tópico), las relaciones entre los distintos espacios (punto de vista dinámico) y el aspecto energético implicado en los procesos (punto de vista económico) son comunes a todas ellas. También existe coincidencia en considerar la actividad de representación, y por esto los procesos de simbolización, como el modo específico de procesamiento psíquico de los datos ofrecidos a los sentidos, provengan ya del exterior como del interior.

Aulagnier (1977) realizó un replanteo metapsicológico a partir de la clínica de la psicosis, fundamentalmente a partir del discurso del paciente psicótico. Esta autora entendió necesario realizar desarrollos teóricos acerca de la actividad psíquica cuando aún no hay yo ni discurso. Su modelo privilegia también esa tarea específica del aparato psíquico que es la actividad de representación. Utilizando una metáfora biológica, la definió como «el equivalente psíquico del trabajo de metabolización característico de la actividad orgánica» (p. 23). Todo estímulo proveniente del mundo de lo fáctico (soma o mundo externo) es heterogéneo al psiquismo, e impone la exigencia de un trabajo de metabolización para convertirlo en homogéneo y, por lo tanto, pasible de ser utilizado por el propio aparato para su desarrollo. Sin embargo, esta función del aparato es necesariamente subsidiaria de otra función: la cometabolización.

Junto con los estudios que muestran el efecto negativo de la pobreza sobre el psiquismo, también existen otros que identifican situaciones en que tal efecto no se presenta. Particularmente, interesa destacar todos los desarrollos vinculados al concepto de *resiliencia* que dieron lugar a una multiplicidad de estudios cuyos hallazgos principales dan cuenta de que determinadas situaciones adversas, entre las que se encuentra la pobreza, lejos de afectar negativamente a los involucrados, más bien potencian el desarrollo de sus habilidades, fortaleciendo una adaptación activa, creativa y transformadora. Es así entonces que se comenzó a hablar de niños *invulnerables*, *resilientes* o *mutantes*, denominaciones que dan cuenta de una pluralidad de posiciones asumidas en torno a la constatación antes mencionada. El propio estudio de Werner, citado unas líneas más arriba, muestra que un tercio de la población investigada no presentó problemas de salud mental, por lo que se constituyó en uno de los primeros estudios sobre resiliencia en ciencias sociales.

Cyrulnik, aplicando una mirada winnicottiana sobre el tema, fue uno de los pocos en ocuparse de la resiliencia desde una perspectiva psicoanalítica: «El yo auxiliador del cuidado materno le permite vivir y desarrollarse

a pesar de no ser aún capaz de controlar o de sentirse responsable por lo bueno y malo del ambiente» (Winnicott, 1965/1993, p. 48).

El entorno y los eventos disruptivos que caracterizan a la pobreza condicionarán la estructuración psíquica al afectar la capacidad de metabolización, y será imprescindible la presencia de otros objetos significativos que puedan tomar a su cargo la función cometabolizadora fallante.

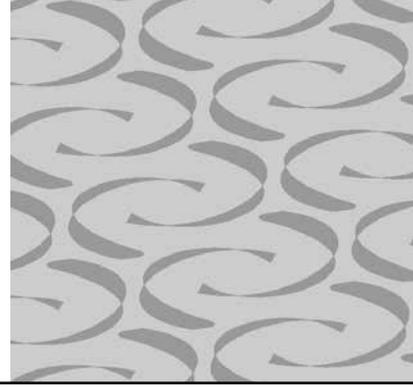
Por tal razón, la presencia de las figuras maternantes o paternantes, así como su cualidad, adquieren una relevancia capital para el ulterior desarrollo del sujeto. Los progenitores pertenecientes a sectores de exclusión social se encuentran generalmente desamparados, acuciados por necesidades elementales desprovistas, deprimidos y con fallas narcisísticas, aspectos todos que conspiran contra la posibilidad de constituirse en objetos adecuados de contención para el advenimiento de la prole.

Referencias bibliográficas

- AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la interpretación. Amorrortu.
- BENYAKAR, M., y LEZICA, A. (2005). Lo traumático. Tomo 1. Biblos.
- (2006) Lo traumático. Tomo 2. Biblos
- BERNARDI, R., CANETTI, A., CERUTTI, A., ROBA, O., SCHWARTZMANN, L., y ZUBILLAGA, B. (1996). Cuidando el potencial del futuro. El desarrollo de niños preescolares en familias pobres del Uruguay. Graphis Ltda.
- BLEICHMAR, S. (1993). La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto. Amorrortu Editores.
- CABELLA, W. (2007). El cambio familiar en Uruguay: una breve reseña de las tendencias recientes. UNFPA. Trilce.
- CABELLA, W., y NATHAN, M. (2015-2018). *Descenso acelerado de la fecundidad en Uruguay*. UNFPA, Editorial Rojo SRL.
- CYRULNIK, B. (2005). Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida. Gedisa.
- FLESLER, A. (2007). El niño en el análisis y el lugar de los padres. Paidós.
- FREUD, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Amorrortu editores.
- GIL, D. (2002). ¿Por qué me has abandonado? Ediciones Trilce.
- GLOCER, L. (2015). La diferencia sexual en debate: cuerpos, deseos y ficciones. Lugar Editorial.
- GREEN (1996). *La metapsicología revisitada*. Eudeba.

- JANIN B. (2012). El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva. Editorial Noveduc.
- KAPLAN, L. (1978). *Oweness and Separateness: from infant to individual*. Publ. by Simon and Schuster.
- MAHLER, M. (1977). El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación. Edit. Marymar.
- MANNONI, M. (1987). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Gedisa.
- MARTÍNEZ, S. (2018). Pobreza y desamparo. Efectos en el funcionamiento psíquico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (127).
- MAZZONI, C., STELZER, F., CERVIGNI, M., y MARTINO, P. (2014). Impacto de la pobreza en el desarrollo cognitivo: un análisis teórico de dos factores mediadores, 20(1), 93-100. http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1729-48272014000100008&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1729-4827.
- OGDEN, T. (1989). La matriz de la mente. Las relaciones de objeto y el diálogo psicoanalítico. Julián Yébenes S. A. Editores.
- PICHON RIVIERE, E. (1985). El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social. Nueva Visión.
- PONCE DE LEÓN, E. (2017). Función diferenciadora parental. Matriz de alteridad y de la diferencia sexual. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (125).
- ROUDINESCO, E. (2002). *La familia en desorden*. Anagrama.
- SAVERY, J. R. (2006). Overview of Problem-based Learning: Definiciones y Distinciones. *Interdisciplinary Journal of Problem-based Learning*, 1(1).
- SCHKOLNIK, F. (2016). Práctica psicoanalítica. Un trabajo de resignificación y simbolización. Rebeca Linke Editoras.
- SHROEDER, D., y Balparda, S. (2014). Funciones simbólicas parentales. En *Parentalidades y cambios familiares. Enfoques teóricos y prácticos*. INAU.
- WERNER, E. (1985). Stress and Protective Factors in Childres Lives. Longitudinal Studies in Child Psychology and Psychiatry. John Willey and Sons.
- WINNICOTT, D. (1971). *Realidad y juego*. Editorial Gedisa. <https://www.google.com/url?q=http://etimologias.dechile.net/?amparo&sa=D&source=docs&ust=1637316609094000&usg=AOvVaw2BxWfk9MkumofjbPYMUy64>
- URRIBARRI, R. (1997). *Estructuración psíquica, padre y paternidad*. NA Ediciones.
- ZITO LEMMA, V. (1993). Conversaciones con Enrique Pichon-Riviére. Sobre el arte y la locura. Ediciones Cinco.

LITERATURA Y CINE COMO METÁFORAS DE CONCEPTOS CAPITALES



Prof. DRA. SUSANA MARTÍNEZ

*«Hasta ahora, hemos dejado en manos de los poetas pintarnos las “condiciones del amor” bajo las cuales los seres humanos eligen su objeto y el modo en que ellos concilian los requerimientos de su fantasía con la realidad... poseen muchas cualidades que los habilitan para dar cima a esa tarea, sobre todo sensibilidad para percibir en otras personas mociones anímicas escondidas»
(Freud, 1910, p. 159).*

El arte en general y en particular la literatura y el cine se han mostrado como expresiones de la creatividad que permiten, narración mediante, la manifestación de los grandes conflictos de la humanidad en sus diversas dimensiones. Ya sea en las peripecias relatadas por Homero en la *Ilíada* y la *Odisea* o en los avatares de los dioses de la mitología representados en el teatro griego, se asiste a la construcción de narraciones que posibilitan la representación simbólica de las experiencias subjetivas, que permiten tanto su comprensión como su elaboración. Valga aquí una digresión para no desplazar injustamente a la pintura, recordando el célebre cuadro de Magritte *Esto no es una pipa*. Se trata de un óleo que indudablemente muestra al típico implemento para fumar acompañado de la mencionada leyenda. Obra que expresa con genialidad la problemática de la representabilidad y ha sido muy utilizada por el psicoanálisis lacaniano como metáfora de los tres registros: real, imaginario y simbólico. Es que se anudan allí la cosa (real), su imagen (lo imaginario) y el lenguaje (lo simbólico).

En cuanto al cine, existen variados desarrollos, tanto a nivel académico como por fuera, que utilizan películas para incursionar en la complejidad de la práctica clínica actual, ya sea con el objetivo de exponer nociones

conceptuales, o para reflexionar sobre el padecimiento humano. Los estudios analíticos sobre cine, al igual que la literatura en forma más tradicional, tienen actualmente un estatuto epistemológico y metodológico reconocido, por lo que es muy frecuente encontrar publicaciones y presentaciones en eventos científicos en que las películas son usadas como modo de abordar situaciones complejas. En algunas ocasiones el cine tiene como finalidad explícita el tratamiento de controversias contemporáneas, y en otras son los analistas quienes seleccionan en el *film* la oportunidad para la reflexión acerca de algún aspecto de la subjetividad (vehículo).

Dogtooth: un fracaso de la parentalidad

Colmillo o *Dogtooth* es una película griega estrenada en 2009 cuyo director es Yorgos Lanthimos. El argumento, de género dramático, desarrolla las peripecias de una familia altamente disfuncional, integrada por la pareja y tres hijos (un varón y dos chicas) en edad adolescente. Habitan una cómoda residencia separada del vecindario por altos muros que impiden cualquier contacto con el mundo exterior. El único integrante con potestades para salir es el padre, que se traslada a su propia fábrica a trabajar y suministra todo lo necesario para la supervivencia de los demás. Tampoco reciben visitas, a excepción de una joven (Christina), empleada del padre, que está contratada para calmar el apetito sexual del hijo adolescente y es periódicamente conducida al hogar con los ojos vendados. El contacto con el mundo exterior genera tal repudio que conduce a situaciones extremas como las de quitar las etiquetas de absolutamente todos los productos que ingresan a la casa. Obviamente están vedados todos los medios de comunicación e incluso desarrollan un idioma exclusivo para comunicarse entre ellos, pasan horas escuchando un grabador con ese lenguaje único con el objetivo de aprenderlo. Naturalmente, no asisten ni han asistido a ninguna institución educativa y los conocimientos e informaciones impartidas solo son aquellas que el padre considera necesarias. Supuestamente, existe un hermano mayor, desconocido para los jóvenes, que ya ha accedido al exterior. En el relato de esta familia solo se accede al mundo detrás de los muros cuando se da la pérdida de uno de los caninos. A pesar de todas las precauciones, el mundo exterior se cuele, primero a través de un gato que aparece en el jardín y resultará muerto por el adolescente en función del estado de terror que el animal le despierta, y luego por Christina, que introduce cintas de video que serán vistas por una de las adolescentes, luego de ser intercambiadas por sexo oral homosexual

entre la joven y una de las hermanas. En un intento de restaurar el orden dentro del caos que comienza a gestarse, los padres resuelven montar una escena en la que explicarán la muerte del hermano ausente en las garras del gato y conminan a los hermanos a aullar como perros para ahuyentar a los felinos. Estos acontecimientos introducen un desenlace de ribetes trágicos que comienza por la inducción al incesto fraterno alentado por los padres en virtud de la mala experiencia con la visita exogámica, continúa con la hermana arrancándose el canino en su desesperación por acceder al exterior, y su encierro en el baúl del auto del padre cuando este se dirige al trabajo. Permanece allí, pues no se atreve a salir, y siniestramente puede observarse como los gases del motor encendido son respirados por la joven, lo que parece sugerir un desenlace fatal.

En esta apretada síntesis del *film* puede identificarse una concatenación de fallos de la parentalidad. El más evidente es sin duda el circuito de locura y muerte que instaura el encierro endogámico a partir de la ausencia de la función de terceridad. Este padre que presenta la película no se constituye en un representante de la ley, sino que la encarna. Él es la ley misma y desde allí dictamina las leyes y reglas que fundan un mundo paralelo sin asidero en el registro simbólico.

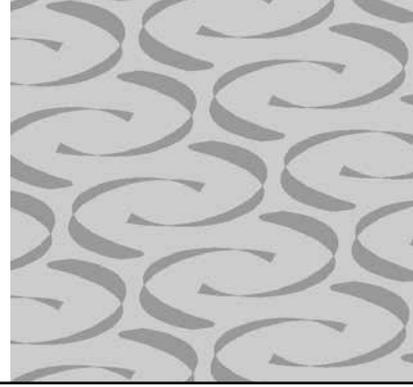
Los sentimientos provocados en el espectador van del desagrado al rechazo, con ocasiones de conmiseración hacia los personajes de los hijos de esa singular familia, cuyas figuras parentales parecen haber hecho de la endogamia la meta de su proyecto familiar. La vida enclaustrada detrás de aquellos elevados muros que marcan un territorio físico tan delimitado parece dejar fuera de manera bastante eficiente al mundo externo, aunque luego se vio que no tanto. El padre se tomaba el tedioso trabajo de quitar una a una las etiquetas de los productos provenientes del exterior en un intento de control sobre los estímulos que podían recibir sus hijos. Sobreprotección controladora de consecuencias siniestras. Acto que por otra parte constituye una potente metáfora del desanudamiento de lo simbólico, la palabra escrita es borrada, arrancada, y la dicha pretende ser sustituida con aquel idioma familiar único.

La aparición del inocente gatito en el jardín se constituyó en un evento disruptivo para los tres hermanos. Evidentemente, no tiene la connotación de mascota regalona, y trasciende ampliamente incluso los aspectos fóbicos también frecuentes en muchas personas respecto de estos animales. Las secuencias posteriores del *film* permiten ver que este animal encarna, a través del discurso paterno, los peligros del mundo externo y del crecimiento. El ingreso a la cultura y a la exogamia parece

estar vedado. El mito del hermano mayor muerto devorado por un gato está allí al servicio de impedir cualquier salida.

En el próximo apartado se invitará a la reflexión sobre algunos aspectos de la sexualidad a partir de un libro de la escritora británica, ganadora del Premio Nobel de Literatura 2007, Doris Lessing.

LAS ABUELAS DE DORIS LESSING: SEXUALIDAD FEMENINA Y LIGAZÓN PREEDÍPICA



Lic. MAG. XIMENA MALMIERCA

¿Tendrá sentido recordar la libertad de un gesto, la libertad del juego, la gratuidad de un poema cuando vivimos, cómo vivimos, en un mundo saturado y saturador, que acosa con sus pantallas, sus condiciones durísimas y sus datos?... Yo hablo aquí de ensanchar la frontera, de construir imaginarios, de fundar ciudades libres, de hacer cultura, de recuperar el sentido, de no dejarse domesticar, de volver a aprender a hacer gestos, a dejar marcas. Ilusa, creo que todavía vale la pena aprovechar que al lobo se le ha hecho tarde para jugar un buen juego, dejar entibiar por un rayo de sol antes de que se lleguen la noche y el silencio (Montes, 2017).

Quinodoz (1990) introduce algunas ideas sobre el arte como recurso psíquico para «domesticar la soledad», para la «autosustentación». El acto creativo, en las artes (pintura, cerámica, escultura, teatro, grafismos, literatura, música), invita a ser continente de lo inédito y singular de cada uno. Aquello que se vivencia pero que «se escapa» de las palabras, aunque sí puede ser capturado por la materia prima que se elija utilizar (acuarelas, óleos para pintar, arcillas para modelar, maderas para esculpir, el cuerpo para el teatro, las palabras para la literatura, las notas musicales y los ritmos para la música). Cada una servirá de soporte, de vehículo de una singular manera de expresión simbólica, y sublimatoria, en cada uno de los lenguajes utilizados, dando paso a una pluralidad de expresiones artísticas, de lenguajes diversos, de alto valor polisémico y metafórico. Experiencias estéticas que nos invitan a entrar en esa tercera zona de la experiencia humana, como le llamaba Winnicott a la transicionalidad. Experiencia transformadora, ligadora por excelencia, capaz de vehiculizar vivencias, marcas, trazos de lo más recóndito, genuino y esencial de cada uno. Transicionalidad o experiencias propias del espacio potencial que permiten «volar con las propias alas», disfrutar de la soledad, de la capacidad de autosustentarse, dominio de lo que Quinodoz nomina como «madurez psíquica».

Dice Viñar: «Es ese intervalo —o grieta— que convoca a la creación estética, punto de síntesis entre erotismo y sublimación» (p. 23). Tomando el cuento *Las abuelas* de Doris Lessing, se propone delinear algunas ideas a modo de ejercicio de análisis en torno a la sexualidad de Rozeanne (Roz), mujer, esposa de Harold, madre de Tom, abuela de Alice, y su singular relación con su amiga Lil.

Lessing introduce al lector en esta historia describiendo un entorno resplandeciente, pacífico, afable..., pero con «dientes»: los dientes de Baxter, como se llamaba la paradisíaca bahía, anunciándose el peligro, el riesgo, de un entorno que seduce pero que también atrapa, engulle. Inicio que nos anticipa las dos caras de esta historia: la seducción y el horror del encierro de la completud narcisista. Entran en escena los seis: «Abuela» Roz, su hijo Tom, junto a su hija Alice, nieta de Roz. También la «abuela» Lil, su hijo Ian junto a su hija Shirley, nieta de Lil. Desde la ventana, Theresa, la camarera, «enamorada de todos ellos», mira con idealización esa escena, que irradian «aire de *saciedad*, como si durante toda la vida hubiesen estado empapándose de placer y ahora lo irradian en forma de invisibles oleadas de satisfacción» (p. 10). Entorno y vínculos que sacian de placer ilimitado, donde no parece existir ni la prohibición ni la postergación. Entorno hedonista, carente de las referencias espaciotemporales de la realidad. Cuerpos que corren, se zambullen, bañan, se asolean, generando un clima de franca sensualidad y erotismo. Entorno evocador de la completud narcisista, donde no parecen existir necesidades más allá del vínculo maternofamiliar.

Y aquellas abuelas siempre disponibles, de tal forma que los cuatro pasaban a ser seis... Sin embargo..., ¿dónde estaban las madres? Los niños tienen madres, y aquellas dos niñas tenían a Hannah y a Mary, ambas asombrosamente distintas de la rubia familia en que se habían integrado, pues eran bajitas y morenas... Las madres a veces también iban, y entonces eran ocho...

Rastreando en su historia infantil, resultan llamativas las similitudes entre ambas amigas, Lil y Roz, que van delineando un perfil de vínculo especular entre ellas: «parecen gemelas» (p. 15), relación inicialmente inocua, donde una parece irse subjetivando a imagen y semejanza de la otra. «[...] El nombre de una siempre iba asociado al de la otra». «Dos niñas llegaron a la gran escuela el mismo día a la misma hora, se conocieron y se hicieron grandes amigas». De ahí parte una relación de estrecha ligazón entre ellas, de aliadas frente a una común percepción de lo extrafamiliar como hostil. Infantilizadas ambas por padres que coincidentemente perciben a sus «criaturas» como bebés... como seres indefensos, frágiles, dependientes.

Las niñas se lamían la sal de las manos y los brazos, y cada una hacía lo propio con los de la otra» «[...] Las dos preciosas pica-ruelas acurrucadas juntas como gatitos o perritos [...] (p. 16).

El cuerpo a cuerpo: lo auto y heteroerótico de la sexualidad infantil que luego se reavivará en el vínculo maternofilial (más adelante Tom anhelará lamer la sal de los hombros de Lil).

En esta relación tan estrecha entre las niñas, no parece haber cabida a la ambivalencia, a la circulación de la hostilidad, al desencuentro, afectos que favorecerían la discriminación, y el desasimiento de la estrechez del vínculo de características primarias. Al introducirlo (en la adolescencia de las dos) es fraguado con el planteo de la complementariedad entre ambas; «se complementaban del mismo modo en que antes habían sido iguales como dos guisantes» (p. 17).

Es de destacar la intensidad de esta temprana elección objetal de ambas, exclusiva, intensa y apasionada, de tenor narcisista, dado el predominio dual, o sea, con los componentes propios de la ligazón-madre originaria de la fase preedípica.

La amistad apasionada con una compañera de escuela, signada por juramentos, besos, la promesa de eterna reciprocidad y todas las susceptibilidades de los celos, suele ser la precursora del primer enamoramiento intenso de la muchacha por un hombre. En circunstancias favorables, la corriente homosexual a menudo suele diluirse; pero cuando no se obtiene la dicha en el amor por el hombre, es despertada de nuevo por la libido en años posteriores y acrecentada con diversos grados de intensidad.

La relación de Roz y Lil convoca la relación de Dora con la Sra. K:

Cuando Dora se hospedaba en casa de los K, comparte el dormitorio con la señora: el marido era desterrado. Era la confidente y consejera de la mujer en todas las dificultades de su vida matrimonial; no había nada sobre lo cual no hubieran hablado (Freud, 1905, pp. 54-55).

Al igual que Harold y Theo que, frente a la fuerza de la estrechez de la relación entre ellas dos, quedan excluidos, desconocidos, como queda plasmado en la filmación que Harold muestra a Roz. Parecería ser que la respuesta de Roz, su sorpresa frente a lo que Harold intenta mostrarle y su posterior diálogo con Lil acerca de lo sucedido dan cuenta de la fuerza de la represión de la corriente homosexual entre ambas.

Freud enfatiza que la bisexualidad, constitucional de los seres humanos, resalta con mayor claridad en la mujer que en el hombre, al poseer dos órganos genésicos: la vagina y el clítoris (asimilado al miembro viril), complejizando y enlenteciendo aún más el proceso de

acceso a la feminidad. A su vez, la niña inicialmente debe realizar la primera mudanza: resignar el clítoris como zona genital rectora, y darle paso a la vagina.

Respecto al desafío de la segunda mudanza es necesario «el trueque del objeto-madre originario por el padre» (Freud, 1931, p. 227).

Y a partir del curso de la historia narrada cabe preguntarnos: ¿qué sucedió en Roz con esta segunda mudanza? Esta vuelta hacia el varón parece haberse producido, pero débilmente. Ella logra realizar una elección de objeto heterosexual por fuera de su circuito familiar, pero su marido se queja de que se siente excluido, de que no existe para ella, frustrado al percibir que quien realmente la colma a su mujer es Lil.

Podemos pensar que, en su transitar edípico, el varón-padre parece haberse convertido en nuevo objeto de amor, pero inacabado frente a la aún activa y pujante ligazón preedípica con su madre (complejo materno). Dinámica que nos lleva a pensar en la debilidad de la función paterna en su historia infantil, que no introdujo el corte. Varón-padre que parece no haber podido dejarse seducir por su hija y que tampoco logró seducirla lo suficiente como para motivarla a hacer el giro hacia él.

Sabemos que este giro, que según Freud será central en el acceso a la posición femenina, está signado a su vez por la constatación de la castración y sus múltiples orientaciones como respuesta a este complejo. Pienso si en Roz no habrá quedado activa la esperanza de tener alguna vez un pene, constituyendo el «complejo de masculinidad», base de la elección de objeto homosexual. Si bien no se consuma la relación homosexual entre Roz y Lil, la cualidad del vínculo a lo largo de su ciclo vital daría cuenta de una fuerte tendencia homosexual entre ambas. Sin embargo, lo manifiesto es la elección heterosexual de objeto.

Esta mujer, si bien llega a convertirse en madre, en esposa y en abuela, parece no lograr posicionarse y sostenerse en ninguna de las tres condiciones: madre, esposa y abuela. Por eso la pregunta ¿qué vicisitudes ha tenido Roz en su acceso a su feminidad que la lleva a fracasar en su elección heterosexual? No aparece el deseo hacia el hombre, el hombre que elige queda «castrado» frente a ella, no logrando penetrarla, y ella finalmente queda apresada en un vínculo de carácter incestuoso.

En una primera aproximación, podemos pensar que ambas claramente se ven seducidas por estos hijos idealizados, reavivando su propio pasado adolescente.

Roz parece acercarse a Ian como respuesta frente a su dolor, poniendo inicialmente en juego la corriente tierna del vínculo filial. Seguramente, identificando el dolor de Ian, su indefensión, con la de su hijo Tom. Pero de la corriente tierna se produce un corrimiento del deseo, dando paso a la corriente sensual. Podemos pensar en el desplazamiento, sustitución inconsciente, de Tom por Ian frente al mandato cultural de la prohibición del incesto. En este caso, no logra ser eficaz como límite, ya que queda desconocida la diferencia generacional. Ley del incesto, regulador necesario de la sexualidad humana que produce el movimiento de la endogamia (propia de la sexualidad infantil) a la exogamia, que en este caso no funciona como tal. Pensemos en la elección objeto del tipo narcisista, como dice Freud (1914), a la persona que fue una parte del sí mismo propio, lo que daría cuenta de la dificultad de desinvertir a su hijo del carácter fálico. Tom-Ian parecería completarla, dejando al descubierto su imposibilidad de reconocerlo como individuo, diferente de sí misma.

Solo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad (Freud, 1933, p. 124).

La situación femenina solo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene... Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado (Freud, 1933, p. 119).

En esta línea: ¿podemos pensar que Roz no ha logrado resignar la virilidad, y así pasar de la meta activa hacia la figura materna para, frente a la circulación de la hostilidad, frente al amedrentamiento de un tercero, poder desligarse y tornarse hacia el padre? O sea, en una posición pasiva, de recibir el pene-hijo del padre.

Parecería prevalecer la desmentida de la castración, que la llevaría a desmentir la existencia propia de su hijo-Tom-Ian, y liberarlo de sus ataduras para así habilitar el lugar de Mary. Asimismo, la lleva a desmentir el pasaje del tiempo y la cercanía de la muerte (implícita en la

aceptación de su vejez, y el concomitante lugar de abuela). Podemos pensar que esta mujer, ya instalada en la mediana edad, con indicios de progresivo avance hacia la vejez, que va perdiendo su lozanía y juventud, no logra procesar esta afrenta narcisista, y se produce la reversión de la libido a lo preedípico.

Reconocerse abuela implicaría aceptar la castración: que el fallo-Tomlan no le pertenece y que la vida tiene sus límites: la muerte. A propósito de la vanidad corporal de la mujer, siguiendo la mirada freudiana al respecto, plantea que en los encantos femeninos se pueden vislumbrar los efectos de la envidia del pene.

Contraste impactante entre el inicio y el final que abren la historia de esta familia. Roz, esa madre «tierna», «siempre disponible» para sus nietas, a los ojos de Theresa, se desenmascara: que en asociación libre me convoca a la «tierna» viejecita (bruja disfrazada) del cuento de Blancanieves, que, frente al triunfo sobre su rival, frente a su «destrucción» (en este caso, el triunfo sobre Mary, lugar de tercero), se desenmascara.

Podemos visualizar entonces la fuerza del complejo materno: ambas mujeres, que al final de sus vidas vuelven a quedar juntas, atrapadas en este vínculo de carácter primario con dificultad de salir de él. Y como resultado de esta fijación de la libido, frente a la imposibilidad de tramitar el duelo por los objetos de la infancia, de desasirse de estos, la consecuente la dificultad de amar, de amar a otro diferente de ellas mismas.

Por otro lado, Ian, adolescente, la busca. Según Freud es común que el primer enamoramiento se dirija a una mujer madura, investida de autoridad, a imagen y semejanza de la madre. El conflicto edípico, mantenido en el inconsciente, se reaviva en la pubertad, sesgando enérgicamente la posterior elección de objeto sobre el modelo de apuntalamiento como pensamos que parecería darse entre Ian y Roz.

¿Y qué podemos decir acerca de la relación de Roz y Lil?

Se hace evidente la fuerza de lo especular entre ellas, entregándose mutuamente a sus respectivos hijos, intercambiándose los. Pensemos si este intercambio, de claro contenido incestuoso, no estará al servicio de la satisfacción de la corriente homosexual entre ambas. Ambos hijos, desconocidos como sujetos separados de ellas, atrapados en el deseo inconsciente de ambas de poseerse mutuamente. Pensando desde la vertiente de lo especular ¿ellas tal vez indiscriminadas con sus hijos varones, actuando la fantasía infantil de entrar en coito con la figura materna?

Cabe preguntarse si en este encierro, en la relación de a cuatro, detrás de ese deseo de maternidad y en ese corrimiento del deseo desde la

corriente tierna como madres a la corriente sensual ¿no estará actuado el deseo de hijo, pero del hijo de la madre preedípica?

¿Y qué ocurre con Harold?

Parafraseando a Freud y a propósito de la homosexualidad femenina, toman por objeto al padre durante cierto lapso y se internan en la situación edípica. Pero luego regresan a su anterior complejo de masculinidad en virtud de las infaltables desilusiones con el padre. Asimismo, desempeñan en la relación, de forma alternativa, los papeles de madre e hija como los de varón y mujer.

Pero Roz ¿habrá logrado internarse en lo edípico?

Podemos pensar que la fuerza del complejo materno y sus intentos de desasirse de este poniendo en juego la hostilidad se hayan colado en la relación matrimonial. «La hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto» (Freud, 1933, p. 123). La relación con Harold está teñida por la prehistoria de Roz, que la lleva a desconocerlo y del que finalmente logra desasirse.

A lo largo de la historia, claramente, son los «terceros», Harold, inicialmente, Saúl y Mary, luego, quienes introducen la realidad de las necesidades (de estudio, del trabajo, de salida a la exogamia) que acotarían lo «paradisíaco», la idealización y omnipotencia de la completud narcisista.

Pero no logran entrar y «abrir el juego», o lo hacen pero la fuerza de lo infantil, de lo preedípico de la relación dual entre Roz y Lil, así como la de madre-hijo los termina expulsando de ese circuito cerrado. Harold intenta interceder en ese entorno de mujeres donde queda atrapado su hijo, aunque lo logra en forma inacabada.

«Y entonces sonó la risa. Era Roz. Sus duras y triunfales carcajadas herían los oídos de Mary y Hannah como latigazos, con una crueldad que las hacía encogerse» (p. 15).

Este desenlace, donde finalmente aparece el sadismo con fuerza, parece dar cuenta del fracaso de la resignación preedípica. Siniestramente, hacia el final de su curso de vida, ya en su vejez, se pone al descubierto la vigencia de esta estrecha relación inicial de Roz con la figura materna, que se reaviva y cuela en esa relación exclusiva con Lil.

Perverso y siniestro descubrimiento de esta «abuela» que triunfa sobre esa mujer joven madre y pareja de su hijo, que Roz envidia, con empecinada rebeldía, parafraseando a Freud, hijo-pene que no logra renunciar. Este desenlace ¿daría cuenta de la fuerza de su complejo de castración no tramitado? ¿Queda anclada en la posición masculina identificándose, al decir de Freud, con la madre fálica?

Referencias bibliográficas

- FREUD, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. Ed. Amorrortu.
- (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Ed. Amorrortu.
- (1914). *Introducción al narcisismo*. Ed. Amorrortu.
- (1932-1936). *33.ª Conferencia La feminidad*. Ed. Amorrortu.
- (1901-1905). *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Ed. Amorrortu.
- (1915). *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*. Ed. Amorrortu.
- LESSING, D. (2003). *Las abuelas*. Ed. B.
- MONTES, G. (2017). *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*.
- QUINODOZ, J. M. (1991). *La soledad domesticada*. Ed. Amorrortu.
- VIÑAR, M. (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural. Cómo nos cambia un mundo que cambia*. Noveduc.

COCO: LO TRANSGENERACIONAL EN LAS FUNCIONES PARENTALES

Lic. Mag. XIMENA MALMIERCA

Con el fin de trabajar el tema de lo traumático no elaborado de los antecesores, se utilizará la película *Coco*, dirigida por Adrián Molina y por Lee Unkrich, estrenada en el año 2017 en México y ganadora de múltiples premios (entre ellos el Oscar a la mejor animación en el año 2018), como punto de partida.

Se propone trabajar en algunas ideas que son claves en esta película, donde el impacto estético de la cultura mexicana con su folklore, su música y sus leyendas envuelven desde el comienzo y colorean una temática que no deja de ser estremecedora: la relación con la muerte, cómo pensarla, cómo representarla, y la relación con el pasado, con las historias familiares... y con los duelos por aquellos que no están, pero que han dejado marcas, rescatando lo bueno, lo nutricio que habilita a crecer, pero también lo que pesa, la carga de lo conflictivo sin resolver, opresor de los anhelos de ser uno mismo, singular e irrepetible.

Para eso, se tomarán algunos mojones de la película que condensarían múltiples sentidos, y que, como pasa en el psicoanálisis, pueden ser escuchados/pensados como metáforas de aspectos del funcionamiento psíquico.

Desde los comienzos, Miguel aparece como el protagonista que hilvana tramos de la historia familiar que lo antecede en las guirnaldas (artesanía típicamente mexicana, expresión clara del sincretismo cultural) que, a modo de encaje español, irán delineando escenas de una historia con «luces y opacidades».

Miguel nos cuenta de Imelda, su tatarabuela, y sobre la herida por el abandono precipitado y, por esto, traumático de su pareja. En su lugar, quedará circulando una «versión oficial» de lo acontecido: «la música lo atrapé, ¡cómo el diablo!

La música a partir de ahí quedará pregnada con la coloración negativa de esta interpretación distorsionada, demonizada, de lo acontecido

(como lo veremos luego), y por lo tanto vedada tras un potente mandato restrictivo de la familia Rivera que se transmitirá transgeneracionalmente: «No acercarse a la música». ¡Todos zapateros!, sin excepción.

Transmisión que atravesará a cada uno de los integrantes de los Rivera, capturando su singularidad, esclavizando su deseo: «Todos los Rivera zapateros», como sentencia enfáticamente la abuela de Miguel, hija de Coco (hija de Imelda y...).

Es como si el mandato fuera: «Todos debemos alinearnos en contra de lo que hizo naufragar a la familia de Imelda».

En este sentido, podemos preguntarnos qué se ha hecho con el dolor en esta familia. ¿A dónde fue a parar?

Y se me aparece la campana que cae y aplasta como un mazazo..., que propongo utilizarla como metáfora que condensa varios sentidos:

- de lo que parece haber ocurrido en los orígenes de esta familia: representando lo traumático de lo acontecido, lo imprevisible que deja al yo inerte frente a lo que debe afrontar;
- de lo que parece haber sido el cauce del dolor psíquico aplastado: ese odio y esa vergüenza, arrancados de raíz de manera tajante como el rostro de la figura paterna en la foto...;
- de los efectos del mandato: opresivo, aplastante de la singularidad y de lo creativo: ¡no a la música!

Mandato en blanco/sin sentido que llega mudo a Miguel, un púber que con su vitalidad e irreverencia se propondrá dismantelarlo. Ese no a la música «no le cierra», no lo entiende ni lo comparte, porque a él sí le gusta la música y anhela ser guitarrero como Ernesto de la Cruz, figura icónica de su pueblo, y no zapatero como su papá.

Pensamos que la película pone a trabajar, entre otros temas, el impacto emocional de una experiencia traumática (de la cuarta generación que antecede a Miguel) que queda «fuera de circulación» bajo el mecanismo de la desmentida, dejando un «blanco», un espacio vacío, sin representación que dé sentido, que enlace lo vivenciado y que quede inscripto en una trama historizante... Como lo testimonia la foto de la familia, quedará un «agujero» en el rostro de esa figura paterna de los ancestros de Miguel, que estará ausente-presente a lo largo de toda la película como un muerto-vivo que cobrará forma hacia el final.

Metáfora de la «problemática de doble vertiente entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo»: a través de los distintos integrantes de la familia Rivera podemos ir identificando los efectos corrosivos a nivel identitario de un duelo sin elaborar que quedó encapsulado, por lo tanto, no integrado en la trama representacional, y que se transmitirá transgeneracionalmente.

En este caso, a modo de un mandato que impregnará y encorsetará la identidad de las subsiguientes generaciones. A modo de pacto de filiación, lo rígido, lo monolítico, la replicación de lo especular («todos los Rivera zapateros») como única posibilidad de existencia y de pertenencia.

Serán Miguel, con su desborde de curiosidad, vitalidad y rebeldía, y Dante, su infaltable compañía, quienes se combinarán para luchar contra lo opresivo, lo desubjetivante de los mandatos familiares. Estos mandatos que a modo de imperativos categóricos se han ido infiltrando en la constitución subjetiva de los integrantes de la familia Rivera, apresando el deseo propio y manteniendo intactos e inamovibles los enigmas familiares.

¿Quién es Coco? Coco aparece como una figura icónica de la familia Rivera que, desde esa postura inerte, desde su demencia, reclama a su padre, mensaje que prende potentemente en su bisnieto Miguel. Coco desde su locura puede hablar, en su pregunta permanente nos muestra que quedó fijada en esta situación traumática, como congelada en el tiempo, como una niñita inconsolable que reclama por su objeto de amor perdido al que no renuncia, y tampoco claudica en su reclamo.

Por otra parte, en la preparación del Día de los Muertos aparece la tradición mexicana de construir sus altares con las fotografías de los ancestros: si no se ponen las fotos en el altar, los muertos no pueden retornar a visitar a los familiares vivos. Recordar a los familiares muertos, honrarlos con sus retratos en el altar, es la manera de mantenerlos vivos. Esta es una tradición que Miguel replicará, pero solo a escondidas, solo en su refugio puede ser él mismo, desplegar su creatividad, sus anhelos: tocar la guitarra, cantar, como lo hacía Ernesto de la Cruz, su ídolo, su referente identificadorio.

¿Qué estará buscando Miguel? ¿Por qué habrá prendido tanto en él este reclamo de Coco, su bisabuela, y que lleva el nombre de la película? Por momentos, las posibles respuestas a estas preguntas nos llevan a la confusión de si Coco podría ser el protagonista principal (el niño).

Tal vez por enlazar con su propia experiencia de «alienación» en lo especular materno opresivo, que lo enajena, lo pone lejos de él mismo, ante la presencia de mujeres fálicas, poderosas, castradoras, diríamos desde el psicoanálisis (como la abuela), y ante la ausencia de una figura paterna potente en su función tercerizadora. De ahí su necesidad de búsqueda de una salida, de un tercero que ejerza la función de corte de lo materno que lo encierra en lo endogámico.

Parecería ser que en su camino de construcción identitaria necesita saber más de los hombres de su familia. ¿Será que tras su búsqueda

está intentando restituir el lugar del varón como figura potente, presente, valorado? Pensando en sus identificaciones secundarias..., sin lo primario restituido, lo secundario se torna endeble. Frente a un padre débil, capturado en el deseo materno, en las «heridas sin sanar» de la familia materna, que lleva a Miguel a buscar un referente identificatorio, afuera de su familia de origen: la potencia, lo fálico-narcisista a través de la idealización de De la Cruz.

Miguel tal vez, ya habiendo elaborado lo edípico, ahora busca los «ideales del yo», en su vertiente narcisista e identificatoria ¿luchando para llegar a ser él mismo? Buscando pertenecer, seguir siendo parte de los Rivera, pero no apresado en el deseo materno como su padre.

Fortuitamente los retratos en el altar caen cuando el perro Dante tira del mantel.

Ahí se ponen al descubierto las primeras pistas que orientarán a develar el camino de la verdad.

Dante aparece como único aliado de Miguel, que lo sostendrá a lo largo de toda la película, ¿representando la fuerza de lo pulsional que en alianza con el yo en el óptimo interjuego de ambos redoblan la fuerza de lo libidinal? Alianza al servicio de la búsqueda de respuestas a interrogantes que germinan en Miguel y que, junto a Dante, logrará ir develando. ¿Por qué no puede cantar y tocar la guitarra? ¿Por qué no puede disfrutar de ese placer tan propio que, además, es característico de su cultura? ¿Qué sucedió con el padre de Coco? ¿Por qué ese desgarró en la foto? Estas son todas preguntas que lo motivaron y que, con la fuerza de la convicción y el azar, desembocarán en el develamiento de ese secreto familiar coagulado.

La guitarra escondida en el doblez de la foto como ocurre con el yo ante el uso de mecanismos de defensa arcaicos como la desmentida, la negación y la escisión. Modos tajantes de manejo del dolor psíquico, pero que tienen un alto costo para el yo: paralizando recursos psíquicos, empobreciéndolo al dejarlo constreñido en sus posibilidades sublimatorias y elaborativas.

«¡Sé quién es el tatarabuelo! ¡Ernesto de la Cruz!», descubre Miguel triunfante. Y sale en búsqueda de su panteón...

«Necesito la bendición de mi tatarabuelo», implora.

Como siguiendo los rastros de ese ancestro, también varón, que dejó marcas, huellas en Coco que llegarán a Miguel como rastros libidinales que intentará hacer suyas.

Acá podríamos pensar también en la transmisión transgeneracional de un deseo pregnante/pasión que queda en estado latente y que a modo

de «herencia psíquica» llega a Miguel como algo que él sí parecería desear restituir en la familia.

Ya en el submundo de los «muertos-vivos» Miguel se encontrará finalmente con su supuesto tatarabuelo, De la Cruz, que también sentenció: «Uno no puede dejar de ser lo que está destinado a ser».

Y se irá develando otro enigma familiar: el asesinato de De la Cruz, de su socio e íntimo amigo Héctor (verdadero tatarabuelo de Miguel) asesinado por sus sentimientos más bajos, inaceptables, pero también tan humanos: la envidia, la rivalidad fraterna, sus anhelos de protagonismo.

Héctor, guitarrero acallado, puesto al margen a lo largo de toda la película por sus virtudes, que despiertan los sentimientos más sórdidos e inaceptables del ser humano.

Este submundo de los «muertos-vivos» ¿no estará representando nuestro inconsciente, con nuestros recuerdos, nuestras experiencias vividas transcritas y las que no? Aquello que pasó, que «murió» en nosotros, pero que sigue «vivo», generando efectos desde lo inconsciente. A su vez, aquello traumático que quedó sin elaborar, insistiendo, repitiendo, pidiendo insistentemente para ser elaborado, como nos dice Freud en *Recordar, repetir, reelaborar*.

Como en el transcurrir del tratamiento psicoanalítico, lo «no sabido», al ser pensado, comienza a cobrar vida, forma más definida: como Imelda, apresada tras las rejas, con su mandato irrevocable, sentenciando enfáticamente: «No dejaré que sigas el mismo camino que él».

Nuevamente la fuerza libidinal de Miguel que se rebela: «Tú tuviste la tuya» (tu vida).

«Si no fuera por mi familia...», dice Miguel apesadumbrado.

En las escenas finales Miguel le canta a su bisabuela la canción que el padre le hizo a su hijita: *Recuérdame*, y ahí Coco se reaviva, se vitaliza al escuchar las palabras de su bisnieto, ya con la versión restituida, con los «espacios en blanco» resignificados, rellenados.

Con la historia restituida, resignificada, reenlazada, recién ahí, Coco puede morir de verdad. Como si su presencia a lo largo de toda la película metaforizara la presencia mortífera de los efectos «vivos», en estado latente, de lo que no está cerrado/elaborado.

¿Coco, inerte hasta el final, como representando los efectos a nivel psíquico de lo «encriptado»?

En un juego de asociación de ideas con la polisemia de *Coco*. *Coco* alude a la fruta tropical redonda, de cáscara muy dura, pero también a la mente, «al pensar en exceso, sin lograr salir del tema» («comerse el

coco»). Asimismo, a ese personaje imaginario infantil que asusta tanto a los niños: «cuidado que viene el Coco» (el cuco).

No puedo dejar de pensar en lo ominoso, lo siniestro tras lo cerrado, lo impenetrable, lo monolítico cuando lo traumático queda sin elaborarse... Una única historia que cae sobre todos, una única versión que comprime el dolor y encierra en el silencio, constituyendo aquello de lo que no se puede hablar.

Para terminar, a Miguel y su búsqueda de la verdad con la invaluable presencia de Dante ¿no podemos pensarlo como metáfora de la función analítica? Recorriendo la historia de su familia de origen con la presencia de un otro-analista en el camino de buscar recordar (etimológicamente: *re-cordis*: «volver a pasar por el corazón») tramos de nuestra historia transgeneracional e individual, reavivando a los «muertos-vivos» al traerlos al presente como hacemos en el análisis, repitiendo tramas de nuestra historia en transferencia como manera privilegiada de «rememorar»..., buscando «desarmar altares/premisas fijas, estereotipadas de nuestra historia», «rescatándonos de los pozos de la desesperanza», «agarrándonos al vuelo» de nuestras tendencias a la repetición, y al atrapamiento en lo inerte, en la compulsión a repetir de cada uno con el propósito de restituir recursos psíquicos, soltar aquello que atrapa y ponerlos «en otro lugar dentro de uno», buscando que se elaboren, que verdaderamente «mueran» para dar lugar a lo nuevo.

Trabajo con un otro, con lo duro de nuestras resistencias que no dan tregua, como le pasa a Miguel a lo largo de la película..., pero donde también insiste y predomina su deseo, su vitalidad para luchar por encontrar en él lo más genuino, y así recuperar el alma de lo creativo con toda su fuerza vital.

Viñar (2018) nos aporta:

Un hito fundamental de la revolución freudiana fue hilvanar el síntoma mórbido con la historia del sujeto y así descubrir la vecindad (mejor dicho, el anudamiento) entre creatividad y destructividad en las expresiones mórbidas y sublimatorias de cada sujeto. Es esta intuición iluminadora el faro a preservar en la actualidad para oponerse a la noción normalizante de salud mental. La polaridad amor-destructividad (ambos hermanados como el día y la noche) es inherente a los vínculos humanos y a la relación consigo mismo. Desde el desamparo originario y nuestra dependencia extrema al objeto auxiliador (la madre de los inicios o sus subrogados) generan gratitud y resentimiento. El equilibrio entre la solidez de los vínculos de confianza y las sospechas de traición saturan las tragedias humanas, individuales y colectivas, en la historia y en la producción literaria y poética. Para explorar esta di-valencia

constitutiva de la condición humana, el psicoanálisis constituye una atalaya insustituible que ningún otro método terapéutico ha podido igualar (p. 21).

Con la historia restituida, con la «nueva historia» reconstruida, como pasa en los tratamientos psicoanalíticos que funcionan, se abre la posibilidad de que los afectos circulen de otras maneras, se integra el fluir de lo temporal con el pasado, el presente y el futuro: mueren unos, nacen otros. La familia rodeada de música..., la madre de Miguel embarazada (en la película) representa lo libidinal, y la sexualidad se restituye con todo su potencial creativo.

Referencias bibliográficas

FAIMBERG, H. (2006). *El telescopaje de generaciones*. Ed. Amorrortu.

FREUD, S. (1923). *El yo y el ello y otras obras*. Ed. Amorrortu.

FREUD, S. (1986). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Ed. Amorrortu.

VIÑAR, M. (2018). Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural. Cómo nos cambia un mundo que cambia. Noveduc.

SAPRIZA, S. *Sobre las identificaciones alienantes* [artículo sin publicar].

TISSERON, S., y otros (1997). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Clínica del fantasma. Ed. Amorrortu.



Dialogando con Winnicott

Ps. ILANA LUKSENBURG

*«Si el niño agazapado en el fondo del hombre es la causa de su sufrimiento psíquico, también es la fuente del arte y de la poesía de la existencia [...]»
(McDougall, 1982, p. 14).*

Se ha dicho que la teoría de Winnicott no es una teoría fácil de ubicar dentro del edificio psicoanalítico. Me pregunto ¿hay que ubicarla? ¿Debemos hacer la laboriosa tarea de encastrar las diferentes teorías que se van construyendo que, como sabemos, se tratan siempre de intentos que resultan tímidos frente a la inconmensurabilidad a la que se intentan acercar? ¿O el desafío podría ser sobrevivir en un mar de teorías que no necesiten encastrar unas con otras, sino que se puedan superponer, salpicar, formando nuevos colores, nuevos paisajes psicoanalíticos? ¿Encastrar no sería, en definitiva, mutilar aquellas aristas que no encuentran un lugar preciso? Y llegado el caso, ¿quién mutila a quién?

También se ha tildado de «existencialista» a la teoría de Winnicott. Bienvenido el epíteto. Que el psicoanálisis hasta el momento no se haya ocupado del tema de la existencia humana ha sido, a mi entender, una asignatura pendiente más que una virtud.

Quizás no sería pecado pensar que al psicoanálisis le incumben asuntos históricamente reservados a los filósofos. ¿Es que el psicoanálisis y la filosofía son parientes tan lejanos?

Creo que lo que enriquece al psicoanálisis —como producción colectiva inacabada y además inacabable— es justo el cruce de miradas, nutridas, además, de las más diversas fuentes. Miradas deseantes de conocimiento, y consecuentes con su deseo de ir poblando las are-

nas, aun en gran parte desiertas, de lo que se conoce como humano —a pesar del enorme esfuerzo que todos valoramos—.

Volviendo a Winnicott, ¿no sería despiadado intentar sistematizar su teoría? Intentar metapsicologizar los conceptos winnicottianos creo que daría resultados magros. *Magros* en el sentido literal del término, ya que le quitarían la parte más sabrosa de sus ideas. ¿Cómo traducir en términos metapsicológicos conceptos tan ricos y de aristas tan poco pulidas como *existencia*, *genuino*, *sentirse uno mismo*, etcétera?

Con el riesgo de repetir, no puedo dejar de señalar que cuando se comienza con las primeras lecturas de Winnicott uno cae en la falsa ilusión de estar conectándose con teorías sencillas que se refieren a realidades palpables (el osito de felpa como emblema). En poco tiempo uno se da cuenta de que se trata de conceptos difíciles de asir. La teoría de Winnicott nada tiene de apacible, sino que, por el contrario, nos arroja a un permanente movimiento espiralado, por momentos vertiginoso. A través de sus lecturas nos deslizamos de un concepto a otro casi sin darnos cuenta, a veces buceamos en aguas claras que rápidamente se enturbian, lo que nos deja en el mayor de los desconciertos. Y quizás se le podría criticar que bajo un discurso muchas veces poético, hasta romántico, en ocasiones descubrimos afirmaciones categóricas.

A pesar de esto, creo que Winnicott, a través de sus escritos, no nos invita a conocer o a estudiar su obra como algo acabado, sino a descubrir sus ideas, a transitar por sus oscuridades para poder, quizás, colorearlas. Es desde esta invitación que me dispongo, si es posible, a jugar con sus ideas.

¿Qué es lo que nos hace sentir vivos?

Sabemos que Winnicott se nutre, entre otras cosas, de la obra de Bergson en la cual los temas de la vida y la creatividad ocupan un lugar central. Winnicott llega a concebir la existencia (refiriéndose a la existencia saludable) como «la posibilidad de sentirse vivo y tener una existencia creativa» (Panceira, 1997, p. 40).

Lejos de ser una manifestación de alcance solo filosófico, es una afirmación a la que Winnicott logra, desde su vasta y nutrida experiencia clínica, darle un tinte y un lugar en su pensamiento psicoanalítico.

Con *creatividad* Winnicott no se está refiriendo a la creatividad artística, reservada quizás para unos pocos, sino que se refiere a «la coloración de toda actitud hacia la realidad en la que el individuo se

experimente como vivo y real» (Grupo Canadiense de Estudios sobre Winnicott, 2004, p. 111).

Vemos entonces como la creatividad en Winnicott tiene que ver con la capacidad de transformar-colorear la realidad, que se contrapone con la idea de someterse a una realidad vivida como rígida e incambiable. El existir para Winnicott se asocia entonces con la posibilidad de un diálogo con la realidad, una realidad reconocida como tal en su externalidad con respecto al sujeto, pero no por eso concebida como no pasible de ser transformada.

A lo largo de sus escritos Winnicott va pincelando —por momentos de manera sutil y magistral, por otros de manera confusa y poco prolija— los caminos por los cuales el individuo podrá alcanzar el sentimiento de *existencia*, el de sentirse vivo y real, sentir que realmente existe o, como dice en alguna oportunidad, sentir que «la vida vale la pena vivirla».

Creo que como pocos autores pone la lupa en los precocísimos momentos del vínculo madre-hijo. Y pone hincapié en el fino y complejo «pasaje» de la fusión (etapa de no integración y no discriminación) a la separación (etapa donde comienza y se transita la integración y la discriminación y, finalmente, la separación), que llamará también de «la dependencia absoluta a la dependencia relativa», «del objeto subjetivo al objeto objetivamente percibido», denominaciones que va acuñando de acuerdo con el acento que privilegie, y que muchas veces utiliza indistintamente.

Y es en este delicado «pasaje» donde señala Winnicott que se van a jugar aspectos fundamentales que determinarán en gran medida la posibilidad o no de alcanzar el sentimiento de existencia. Sentimiento de existencia siempre relacionado con la capacidad de sentirse vivo, auténtico y creativo —palabras que para Winnicott tienen límites difusos entre ellas—.

Sin negar las complejidades de lo intrapsíquico, por lo menos no del todo (sabemos que Winnicott no dejó de nutrirse, entre otras cosas, de las teorías de Freud y Klein), pone el acento en la respuesta del entorno.

En otras palabras «reconoce la radical importancia del otro en la estructuración psíquica» (Casas, 1999, p. 227).

De la omnipotencia al ser

Es bien conocido el concepto de Winnicott de «madre suficientemente buena», que alude fundamentalmente a la necesidad de que la madre desde un principio «se identifique» con el bebé, lo que le va a permitir intuir las necesidades del pequeño y así satisfacerlas.

Con esto, la madre no solo va a garantizar la sobrevivencia del bebé, sino que también le va «a hacer posible la experiencia de la ilusión» (Casas, 1999, p. 225).

Estas experiencias de ilusión, de omnipotencia, van a permitir al bebé crear exactamente lo que allí está puesto para ser encontrado. A esto se refiere Winnicott cuando señala que la madre es, en esta etapa para el niño, un «objeto subjetivo» que se comporta «según las leyes mágicas, es decir que existe cuando se la desea, se acerca cuando uno se acerca... desaparece cuando no es querida...» (Davis y Wallbridge, 1981, p. 86).

Winnicott señala con ahínco la importancia de esta «disponibilidad» materna, de esta adaptación materna a las necesidades del bebé, que le van a permitir transitar por estas precoces experiencias de omnipotencia, promoviéndole sentirse el creador de la realidad. Es decir, estas experiencias de omnipotencia van a producir en el bebé «la ilusión de que existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear» (Winnicott, 1972, p. 30).

Pero señala también la importancia de que estas experiencias de omnipotencia tengan un declive paulatino en el niño, pero, a mi entender, nunca total.

La precoz etapa de fusión — llamada también de la «unidad madre-bebé», de «no-integración», de «objeto subjetivo» — se mantiene por poco tiempo (en su forma absoluta es casi mítica) porque la madre nunca va a poder adaptarse como un suave guante de terciopelo a las necesidades del bebé, lo que tampoco sería deseable. Por eso, Winnicott habla de madre «suficientemente» buena; no se adapta del todo a las necesidades del bebé, y es esa imperfección, que gradualmente va a ir tomando más espacio (en la medida que la madre intuye que el bebé lo tolera), lo que va a ir promoviendo una caída gradual de las experiencias omnipotentes y mágicas del niño.

Los momentos de integración del bebé, que a medida que avanza el tiempo van a ser más frecuentes, lo hacen enfrentarse con momentos donde la ausencia de la madre ya no puede caer bajo sus — antiguas — leyes mágicas, por lo que comienza a ser vivida como una desaparición.

ción. Davis y Wallbridge señalan que «[...] el bebé va a ser afectado por desapariciones [...]. Es algo que tiene que aprender [...].» (p. 86).

El niño va a tener que hacer frente a que existe un mundo exterior que no coincide con su mundo interno (mamá ya no está cuando la necesito). Es un mundo exterior que se impone y con el cual el niño se las tiene que arreglar.

Y es esta inevitable retirada materna la que promueve el declive del mundo omnipotente del bebé. Y esto va a dar lugar, en el mejor de los casos, a que el niño pueda hallar a la vez que crear (esa es la paradoja) lo que Winnicott llamó el «objeto transicional», que según señala Lacan en 1967 es «uno de los más finos descubrimientos del psicoanálisis» (Casas, 1999, p. 225).

Y podemos entender algo así como que el niño que acceda a este estadio, en vez de perder el objeto (que amenaza perderse con sus desapariciones), va a lograr separarse del objeto, paulatinamente, a su propio ritmo. Se trataría de la posibilidad del bebé de poder hacer «[...] una transición de un estado en que se encuentra fusionado a la madre, a una relación con ella como algo externo y separado [...]» (Winnicott, 1972, p. 32).

Catherine Clement señala que el objeto transicional:

Aparece en la vida del niño en el momento que se hace sentir una amenaza de ruptura, sea simplemente que la madre se aleje de manera sensible, como es normal, ya sea más dramáticamente, que una angustia más profunda se apodere de él [...]. El pequeño objeto [OT] va a transitar por la vida del niño, está ahí para restablecer la continuidad amenazada de ruptura, permite efectuar el pasaje. Y con el tiempo, todos los pasajes. Es el primerísimo de los ritos de pasaje [...] rito de separación preliminar [...] (Clement, 1978, p. 94).

Podemos ir viendo que el *objeto transicional* —y los fenómenos transicionales— van a habilitar al niño de esta manera a un acercamiento a la realidad, que más adelante le va a permitir construir la prueba de realidad. El objeto transicional «es anterior a la prueba a la realidad establecida» (Winnicott, 1972, p. 26).

En este sentido, Winnicott señala que el objeto y el fenómeno transicional en sí va a «[...] promover un espacio intermedio entre la incapacidad del bebé para reconocer y aceptar la realidad, y su creciente capacidad para ello» (1972, p. 19), creando una zona de «descanso» entre sus primeras experiencias omnipotentes y la realidad que amenaza con imponerse.

Panceira (1997) señala que «nunca el OT está bajo el dominio mágico del niño como objeto subjetivo, y nunca está fuera de él, como el objeto exterior, como la madre externa» (p. 89).

El objeto ya no es objeto subjetivo, ya no puede ser vivido bajo las antiguas leyes mágicas del niño. La experiencia transicional «se instala en el espacio que el dominio de la ilusión vacila [...] promoviendo el inicio de una capacidad para reconocer la realidad externa» (grupo canadiense, 2014, p. 119). Vacilación de la ilusión, que no implica abolición total de la ilusión. Restos de la omnipotencia del bebé de las etapas más precoces se van a transformar en un «nuevo tipo de omnipotencia por manipulación [...] podrá hacer de su creación lo que quiera» (Panceira, p. 57).

Winnicott explica entonces que son los restos de las primeras experiencias de omnipotencia —restos fundamentales— lo que van a habilitar al niño su acceso al estadio transicional como medio para enfrentarse a la retirada materna.

Y transmite la idea de que para que el niño pueda disponer de estos restos tiene que haber existido una madre que haya promovido, suficientemente, el despliegue de estas experiencias omnipotentes como ya lo describimos.

Aquí cabría preguntarse ¿qué otras implicancias tiene para Winnicott el hecho de que el niño acceda o no al estadio transicional?

A través de sus pensamientos podemos ver que para Winnicott implica mucho más que un medio para separarse del objeto (sin quitarle el importante efecto subjetivante de esta cualidad).

Winnicott además «describe en la transicionalidad [...] la pérdida del objeto para que surja el sujeto» (Casas, 1999, p. 224).

Explica que las experiencias transicionales van a inaugurar un espacio que podrá ser retenido y se va a ensanchar a lo largo de la vida del sujeto. Este espacio de experiencia que señala Panceira va a permitir al sujeto:

Mantenerse en una adecuada adaptación a la realidad exterior, a lo dado, sin perder la creatividad, sin que el mundo pierda su sello personal que es lo que le da sentido [...] allí el mundo personal se va configurando con sus creencias y valores, allí radica la visión original que el sujeto tendrá de la realidad compartida (Panceira, 1997, p. 89). Y Winnicott es muy contundente cuando señala que es a partir de esta zona intermedia que va a surgir la vida creativa del sujeto. Señala que «constituye la mayor parte de la experiencia del bebé, y se conserva a lo largo de toda la vida en las intensas experiencias que corresponden a las artes y la religión, a la vida imaginativa y a la labor creadora» (Winnicott, 1972, p. 32).

Y Panceira, siguiendo a Winnicott, logra hacer una fuerte formulación «en el área transicional es donde el hombre puede sentirse creador, forjador de su mundo» (Panceira, 1997, p. 90).

Podríamos decir entonces que el espacio transicional va a promover que el sujeto no viva una vida signada por el acatamiento o el sometimiento a la realidad impuesta —que en ese caso lo acercara al sujeto normótico, hiperadaptado que describen muchos autores—, pero tampoco va a promover que quede atrapado en la locura de la «subjetividad radical» (Panceira, 1997, p. 89).

Las experiencias transicionales inauguran en la vida del sujeto, contrariamente a esas dos alternativas, un espacio privilegiado para el despliegue amplio y genuino de sus potencialidades, que le van a permitir dialogar con la realidad, colorearla. Es por allí por donde va a pasar su existencia, al decir de Winnicott, existencia creativa, auténtica, donde el individuo puede sentirse uno mismo.

¿Podríamos decir entonces que son estos los destinos de la ilusión que hunden sus raíces en aquella omnipotencia infantil, nunca abandonada por completo...?

Referencias bibliográficas

CASAS, M. (1999). *En el camino de la simbolización*. Ed. Paidós.

----- (2003). La paradoja de la destrucción organizante. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis - RUP*, (98).

CLEMENTE, C. (1978). Los fósforos y la música. En A. GREEN, O. MANNONI y otros. *D. Winnicott*. Ed. Trieb.

DAVIS, M., y WAILBRIDGE, D. (1981). *Límite y espacio*. Ed. Amorrortu.

Grupo Canadiense de Estudios sobre Winnicott (2004). Agresividad y creatividad. En *Winnicott insólito*. Ed. Nueva Visión.

Mc. DOUGALL, J. (1982). *Un alegato por cierta anormalidad*. Ed. Petrel.

PANCEIRA, A. (1997). Clínica psicoanalítica a partir de la obra de Winnicott. Colección de psicología integrativa, perspectivista, interdisciplinaria. Ed. Lumen.

PONTALIS, J. B. (1972). Encontrar, acoger, reconocer lo ausente. En *Realidad y juego* [prólogo]. Ed. Gedisa.

WINNICOTT, D. (1960). Deformación del yo en términos de un ser verdadero y falso. En *El proceso de maduración en el niño*. Ed. Laia.

----- (1972). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. En *Realidad y juego*. Ed. Gedisa.

LA INCIDENCIA DE LOS DISPOSITIVOS MÓVILES Y LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS EN EL TRABAJO CON LOS NIÑOS Y ADOLESCENTES

Ps. Mag. VERÓNICA CORREA SAPRIZA

Mutación civilizatoria

Quizá no seamos conscientes de que estamos siendo protagonistas de uno de los más grandes cambios de la civilización humana de la historia de la humanidad (Viñar, 2009, p. 18). La revolución de la información y las tecnologías de la comunicación nos han implicado a todos por igual, cambiando muchísimos aspectos de nuestra vida, de nuestra cotidianeidad.

Se ha hablado mucho de todo esto y hay quienes son fuertes detractores y quienes son más optimistas. Los detractores dicen muchas cosas, pero sobre todo alegan que se ha perdido una esencia de las relaciones entre las personas, por ejemplo, pero en realidad creemos que no hay una esencia cambiada porque no hay una esencia humana por fuera de la cultura, y las nuevas tecnologías son desarrollos culturales como lo es la medicina, los autos, la imprenta, etcétera. Además, la esencia del hombre es el cambio permanente, y vamos incorporando lo novedoso siempre con dificultad.

Entonces, estamos en una era de grandes cambios, en un tiempo de mutación donde los mutantes serían los adolescentes y los niños, verdaderos mascarones de proa en este navegar por mares agitados. Ellos, nativos digitales, encarnan los cambios. Son ellos los verdaderos mutantes. Y, de alguna forma, se ha revertido el conocimiento y es de ellos que tenemos que aprender y aprehender la nueva realidad. Esto, como veremos más adelante, jaquea de alguna forma el modo de posicionarse de los padres frente a los hijos a la hora de ponerles límites, por ejemplo.

Los chicos no viven por fuera de la conexión, de sus grupos de WhatsApp. No serán amigos a la antigua, pero cumplen una función, trajeron otra forma de vinculación. La comunicación rápida, instantánea, permanente, genera otro tipo de vínculos, ni buenos ni malos, pero no solo llegó para quedarse, sino que ya se ha vuelto necesaria en la función que cumplen (Sztajnszrajber, 2018). Hoy es más preocupante un niño púber o adolescente joven que no tiene grupos de pertenencia en WhatsApp que la consulta, a modo de queja, de los padres por las horas que pasa frente a las pantallas. En este punto hay que decir que, como dicen los expertos, no se puede hablar de pantallas en general, hay que especificar (Balaguer, 2018). No es lo mismo estar en YouTube aprendiendo de un tutorial que estar horas mirando a un *youtuber* jugar un videojuego o tener una relación problemática, realmente adictiva, con los juegos. Es cierto también que cuando, por ejemplo, colegios hacen campamentos y retiros sin wifi, a propósito, los docentes describen un desasosiego muy importante de los chicos, tipo síndrome de abstinencia por la desconexión. Para ellos es algo muy serio y muy importante.

Tránsito adolescente

El tránsito adolescente, es decir, el pasaje de ser niño a ser un adulto joven, se da en una dimensión social. Los adolescentes necesitan salir del lugar endogámico, de la referencia preponderante del núcleo familiar, del lugar de hijo, para salir a la exogamia, construir su propio punto de vista e identidad más allá de su familia. Necesitan entrar en otra historización, más propia y más adecuada a su tiempo. Y esto implica una crisis, un romper con una identidad dada para construir la nueva. Esto puede producir angustias muy importantes, fragilizarlos mucho y hacerlos sentir muy vulnerables. Además, de telón de fondo, y a la vez como impulsor de todo este proceso, están los cambios corporales, la madurez sexual, que también los enfrenta con angustias por extrañamiento de su nueva realidad, de su nuevo aspecto y cuerpo. Esta nueva identidad a construir se da en un proceso, un tránsito que solo es posible si se hace en grupo. El grupo de pares de los adolescentes funciona en este periodo de construcción como una identidad grupal, como una identidad ortopédica donde se pueden refugiar a la vez que se van fortaleciendo.

Hoy la conectividad a través de las distintas plataformas y redes sociales juega un rol preponderante como espacio virtual y vehículo de la socialización de los jóvenes (Sztajnszrajber, 2018). Estas plataformas

funcionan como espacio psíquico de socialización sin el que hoy es impensable un adolescente. Hay una necesidad imperiosa de conectividad que en el caso de los adolescentes se vuelve vital, porque sin ella quedarían por fuera del grupo, con angustia por la pérdida de su identidad frágil, incipiente, en construcción.

Subjetividad actual: tiranía de la visibilidad y la primacía de lo sensorial

Hoy hay que ser visible como condición de existencia. Se borran las fronteras de lo íntimo, de lo privado, con la exhibición continua del *self*. La visibilidad da garantía de existencia (Sibilia, 2015).

El carácter continuo de la imagen y el sonido determinan una relación distinta con el silencio y el retraimiento, y con la palabra.

Las imágenes sustituyen las palabras; los *stickers*, lo visual. Narrativa sensorial, predominantemente visual.

Se valora el cambio permanente y habría una necesidad de experimentar las sensaciones como confirmación ontológica.

Tiempo y espacio. La aceleración, el presente engrosado y el culto de la urgencia

Lo que caracteriza este momento es la vertiginosidad de los cambios. Lo que es novedad en un día pasa a ser perentorio rápidamente para dejar lugar a lo nuevo y efímero de reciente aparición.

Se da un efecto de engrosamiento del presente, como lo describen muchos filósofos de la actualidad. El presente se fotografía, se filma, se sube a las historias que duran 24 horas, todo pasa rápido y hay que estar conectado para no perderse nada. Aparecen historias, que más que historias son gestos apenas que se vuelven virales por alguna razón que si se trata de ubicar o entender ya es tarde, porque se evanesce en la vorágine centrífuga dejando lugar a la siguiente.

Abolición de los tiempos de espera. No hay tiempos vacíos. Llenar el tiempo se ha convertido en una premisa casi ontológica. No hay experiencia de vacío. El tiempo presente se ha engrosado, ocupa un lugar central.

Hoy vivimos en un presente acelerado que fluye incesantemente en búsqueda de placer y de experiencias nuevas (Viñar, 2009, p. 23).

La hiperconectividad hace sentir que se es, que se existe en tanto se está conectado. Al llegar a un lugar lo primero que se pregunta es si tiene wifi, tener datos es la garantía de la seguridad de la identidad a través del éter. Ahora hay wifi en todos lados, hasta en los aviones en vuelo. La continuidad existencial la da la conexión sin interrupción.

Reconfiguración de lo público y lo privado

Se sabe más de los famosos que del primo o el hermano. El ideal del yo se extiende hacia lo que se ofrece en la *mass media*.

El erotismo y la sexualidad también se exhiben, la pornografía está a mano de cualquier niño, de cualquier pantalla. Hay un acortamiento del tiempo de latencia y la sobreexcitación de los latentes y los adolescentes. En comunicación personal se nos informó que un pediatra había mencionado que se habían adelantado los tiempos del despertar puberal hormonal como efecto de la exposición de la llamada luz azul, proveniente de los dispositivos móviles y pantallas.

La violencia es también otro componente cotidiano para todos los niños que juegan a alguno de los juegos de moda. Qué pasa con la modalidad *multitasking*, los adolescentes que miran la televisión y el celular al mismo tiempo.

Por otro lado, se vive la inversión de lo privado hacia lo público. Todo lo propio e íntimo es digno de exhibirse, de mostrarse; la exhibición de lo íntimo en las redes y los detalles cotidianos, qué se come, con quiénes... La vida es más real cuanto más habite la virtualidad de las redes. Esto lleva a una necesidad de mostrar permanentemente lo lindo y lo feliz que se es, la mejor foto, de un momento expansivo y feliz. Hay una exacerbación de la propia persona, del narcisismo y del individualismo (Sibilia, 2018).

Subjetividad externalizada como forma preeminente de expresión. Deseo de exhibir: se es en tanto se muestra. Se exhibe para provocar efectos en los otros. Preeminencia de la visibilidad, tener que mostrarse para sentirse existiendo, en detrimento de los espacios de recogimiento e intimidad, relajamiento, sin necesitar estar en conexión con otros.

Todo se exhibe y los niños quedan muy expuestos a contenidos que no son del todo adecuados para sus posibilidades de metabolización. Porque se emparejan los contenidos de los niños y los adultos en las familias que funcionan como aglutinadas, que no dan tiempo a que ese niño pueda crecer y que esos contenidos sean más adecuados para su edad.

La pregnancy de la imagen que atrapa a grandes y chicos y la necesidad perentoria de estar y vivir en conexión genera varias cosas, entre ellas un paisaje urbano poblado de seres concentrados en su móvil, con la mirada fija en él, hiperconectadas a su propio celular, pero tremendamente distraídos del mundo real que los rodea. Hace un tiempo circuló un chiste por las redes en el que se ofrecía un servicio que te permitía ir mirando el celular mientras se realizaban todas las cosas de la vida; entonces, mostraban una persona caminando por la calle, y este servicio, que era una mano, la desviaba para que no se cayera en un pozo, para que no se diera contra una columna o para que no la pisara un auto.

Por otro lado, han cambiado muchas otras cosas, como la organización de las familias o la disminución de la organización familiar nuclear clásica como prototipo de familia. Las nuevas sexualidades y los nuevos síntomas que aparecen en la clínica están más del lado del acto que del relato sintomático y metafórico, como dice Viñar (2009, p. 24). Cabe preguntarse si las nuevas presentaciones sintomáticas son modificaciones de las presentaciones o si hay un cambio en la estructuración psíquica dentro de esta mutación de los tiempos civilizatorios.

Nos preguntamos si esta era dominada por la información y por la estimulación sensorial genera o no cambios en el psiquismo, sobre todo de los niños y adolescentes, es decir, quienes están estructurando su psiquismo.

Desde ya que hay evidencia de que las pautas de maduración se vienen dando antes, como la angustia del octavo mes, o la lectoescritura, que es muy común que empiece antes de los seis, que era lo que se esperaba antes. Los juegos y manejos de las pantallas se dan desde muy temprano. Bebés de siete meses que ya saben manejar y encontrar su video en YouTube, por ejemplo. Entonces, cabe preguntarse si tanto estímulo desde tan chicos generará un cambio en el armado del yo.

Concepto de tiempo y espacio en la subjetividad contemporánea

Con los teléfonos inteligentes hay como una falsa ilusión de estar siempre acompañado, y se llega al extremo de ver a todo el mundo siempre mirando la pantalla de su celular. Muchas veces las personas se sienten más acompañadas de la compañía virtual que de la real. En efecto, se ven grupos de personas, y no necesariamente adolescentes, sino también adultos, que están reunidos, pero cada uno está atendiendo su celular, sin una real interacción con el grupo presente. Incluso se ve en

parejas en los bares, cada uno en su mundo por no perderse algo que está pasando en el mundo de la virtualidad. Es que en la era de la información siempre hay un infinito de ofertas y de contenidos a explorar. Hay videos de YouTube, clases de lo que se quiera, chistes, conciertos, películas, información del otro lado del mundo de cualquier área. El mundo de la información nos ha esclavizado y nos deja detrás de la montaña inconmensurable de la oferta infinita que nos brinda. Todo el tiempo estamos detrás de los contenidos, y con la permanente frustración de saber que cuanto más naveguemos y nos informemos solo vamos a vislumbrar cuánto contenido nos estamos perdiendo. Es una batalla perdida frente al mundo de la información. El universo de lo ofrecido es tan inmenso que nos atrapa, porque siempre habrá algo que nos atraiga y nos atrape al mismo tiempo, que nos genere ansiedad y un sentimiento de no dar abasto por ser incapaces de poder abarcarlo.

En este tiempo, entonces, no hay ausencia, no hay vacío, no hay silencio. Se habla de que estamos cableados psíquicamente al celular por la mano, ya no podemos salir sin él. Nuestra imagen corporal ha cambiado, forma parte de nuestro esquema corporal. Hay una serie muy buena, que se desarrolla en un futuro próximo, que se llama *Years and years*. No parece tan lejano lo que allí propone. Una de las chicas le pide a su madre para cablearse internamente el celular a su mano, y luego le pide permiso para que su cerebro se descargue en la nube.

Con la inmediatez de las comunicaciones, que barre con cualquier distancia posible, se distorsiona la capacidad de espera y la tolerancia a la frustración. No hay nada que no se pueda encontrar y mostrar en internet. Los niños nos quieren contar una serie y optan por mostrárnosla en el celular. O la guitarra que se quieren comprar o un chat que tuvieron con una amiga. No se soporta la lentitud de internet. Nos molestamos si nos «clavan el visto» y no nos contestan inmediatamente. Todo se tiene que dar ya sin demoras ni esfuerzos.

Es decir que los criterios de presencia-ausencia, de tiempo y espacio, de espera y tolerancia están siendo alterados de un modo radical.

«La función de la memoria ha cambiado radicalmente también. Con internet no tiene sentido la administración del aprendizaje con apoyatura en la memoria» (Balaguer, 2017, p. 53).

No hay vacío, hay oferta y distracción constante. En el ómnibus, en las salas de espera, en los viajes. No hay tiempos detenidos que posibiliten el encuentro más replegado e íntimo con uno mismo.

Algunos autores ven que el aumento en el consumo de psicoestimulantes, como las drogas o el alcohol, tiene como precursor esta pandemia adictiva de las tecnologías. El psiquismo, acostumbrado a tener

permanentemente estos estímulos, tendría una suerte de abstinencia si no los recibe.

Quizás todas estas características de la época actual están favoreciendo un tipo de patología que se está viendo actualmente: las patologías del acto. La impulsividad y el acto. O niños con mucha dificultad en la aceptación de los límites. O adolescentes adictos o anoréxicos o que se hacen escarificaciones para sentirse siendo.

La tecnología también ha entrado en los consultorios, porque es el mundo natural de los pacientes. A veces no apagan el celular y siguen recibiendo WhatsApp. ¿Debemos repensar la categoría de lo íntimo? Porque hasta hace no mucho esta actitud se la hubiera interpretado como una forma de resistencia, de estar con un pie adentro de la terapia y otro afuera, pero hoy habría que darle otro significado debido a la universalidad de la presencia de la conexión de los pacientes a través de los celulares o plataformas.

El mundo virtual ha llegado para quedarse con sus perjuicios, pero también con sus bondades, tómese como ejemplo la conexión que ofreció en tiempos de pandemia. Debemos usarlo de forma de integrarlo y escucharlo como soporte de discurso.

A veces la pantalla sirve para que el paciente pueda transmitir a su analista contenidos que le resultaban difícil o aun imposible de representar. En este sentido, la tecnología ha brindado un soporte sumamente útil para la cura.

Si sirve para la cura, y cómo, deberá verse, como todo, en el caso a caso. El tema no es el instrumento, sino el uso que se le dé. Decir hoy que se es adicto a internet o las pantallas, así, en general, es no decir nada. Según los expertos, al hablar debemos especificar qué tipo de instrumento se utiliza. No es lo mismo usar WhatsApp o Instagram que los videojuegos. Asimismo, los videojuegos en sí no serían malos, lo que es malo es la relación problemática con estos.

En mayor o menor medida, hemos integrado la tecnología al consultorio. Hasta hace poco la tecnología en este ámbito era un indicador de distancia o de resistencia; ahora se ha incorporado a la consulta fundamentalmente porque se trata del mundo natural de los niños. Así como en los años ochenta Mercedes Garbarino, pionera en nuestro medio del trabajo con niños en psicoanálisis, proponía el juego como herramienta por ser el lenguaje natural, creemos que hoy sucede lo mismo con los dispositivos y plataformas electrónicas. Hoy es su medio natural y su forma normal de expresarse y comunicarse. Cabe aclarar que lo más común es que se integre el juego electrónico en niños latentes, a partir de los 9 o 10 años, no antes.

A su vez, si nos adentramos en las lógicas de los juegos, siempre podremos sacarle más espesor y entender el sufrimiento del paciente a través de lo que expresa, a través del juego y su lógica. Estos juegos también son usados y ofrecen metáforas y fuertes simbolismos de los conflictos y sufrimientos de los pacientes niños.

Referencias bibliográficas

- BALAGUER, R. (2018). *Vivir en la nube. Adolescencia en tiempos digitales*. Aguilar.
- SIBILIA, P. (2013). *La intimidad como espectáculo*. 3.^a edición. Fondo de Cultura Económica.
- (15 de octubre de 2015). *Entrevista a Paula Sibilía* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Y78IKxmr5f>.
- (22 de octubre de 2018). *Ted - Paula Sibilía* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=8-n3eFJ3PHg>.
- SZTAJNSZRAJBER, D. (11 de febrero de 2015). *Conectados al sur* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=hpmJ0dwFR4A>.
- VIÑAR, M. (2009). *Mundos adolescentes y cambio civilizatorio*. Trilce.
- (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural*. 1.^a edición. Noveduc Libros.

SEGUNDA PARTE



EL DIAGNÓSTICO EN NIÑOS HOY: UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA (2018)

Lic. Mag. ILANA LUKSENBURG,
Lic. Mag. XIMENA MALMIERCA,
Lic. Mag. PATRICIA NATALEVICH

«Yo no busco, encuentro».
Pablo Picasso

Las reflexiones y la elaboración de este trabajo surgen en el marco del Laboratorio de Niños de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Participamos en su génesis Julia Alonso, Elika Capnikas, Gabriela Gadea, Jacqueline Hirschfeld, Ilana Luksenburg, Ximena Malmierca y Patricia Natalevich.

En la actualidad la clínica psicoanalítica con niños nos enfrenta a padres que, entre angustia y alivio, traen a la consulta un diagnóstico definido, del que muchas veces hacen eco, y a través del cual presentan a su hijo.

El taller propone abrir líneas de pensamiento en torno al sufrimiento psíquico y el lugar de los síntomas para el niño y su familia. Desde el dispositivo psicoanalítico: abrir posibilidades de escucha, de la palabra, del sufrimiento y del deseo en un diálogo con otras disciplinas.

Pensamos que no se trata de hacer una dicotomía entre diagnóstico sí-diagnóstico no, sino del modo en que lo utilizamos, cómo lo consideramos y sus posibles paradojas.

La Real Academia Española define al *diagnóstico* como el «arte o acto de conocer la naturaleza de una enfermedad mediante la observación de sus síntomas y signos».

La medicina utiliza el diagnóstico como medio para orientar su práctica, poniendo foco en la enfermedad y su cura. Los antecedentes médicos del diagnóstico nos preceden.

Ya Freud, en sus inicios como neurólogo, nos propone ir más allá de lo observable de los síntomas. Le da un estatuto diferente a estos, y comienza a investigar e interrogarse acerca de otros posibles sentidos. En su escucha de las pacientes histéricas descubre en el síntoma el anudamiento entre lo pulsional y la defensa como formación de compromiso, como formación del inconsciente, desde donde habla el sujeto sin saber lo que dice.

Así como las presentaciones clínicas de Freud respondían a un contexto epocal de la moral victoriana, nos preguntamos si ciertas presentaciones actuales de los síntomas en la infancia no responden a una construcción de estos tiempos.

¿Cómo comprender las modalidades de padecimiento que afectan a los niños en el presente sin tener en cuenta los atravesamientos histórico-sociales que caracterizan este tiempo en el cual vivimos? ¿Cómo impactan en la construcción de su subjetividad? (Untoiglich, 2009).

Lipovetsky (2006) utiliza el término *hipermodernidad* para describir esta época actual y la venidera, caracterizada por el movimiento, la fluidez y la flexibilidad.

Asimismo, Bauman (2005) denomina a esta era «líquida», utilizando la liquidez como metáfora de la provisoriedad y labilidad representativas de la época. La liquidez afecta la construcción de los lazos intersubjetivos, impactando en las figuras de referencia, los valores y significaciones que constituyen la subjetividad.

Nos encontramos con niños con fallas graves en su estructuración psíquica, padres con serias dificultades (o no) para acompañar la crianza de sus hijos, e instituciones que se cuestionan las formas de abordar estas problemáticas, expresando los bordes y desbordes que los actores de la salud y la educación encuentran en su devenir profesional (Untoiglich).

Víctor Guerra nos propone interrogarnos «sobre las modalidades de presencia, sobre los cambios en la parentalidad y en los vínculos, que, ineludiblemente nos llevan al terreno de la construcción de la subjetividad actual» (2017, p. 23).

Fragilidad, desamparo, inmediatez y perentoriedad son marcas de una época en la cual las patologías ligadas al ser prevalecen; en esta época de vínculos caracterizados por lo vertiginoso, «que duren lo que tenga que durar», ya sea en relación con una pareja, un trabajo, una carrera, un tratamiento. ¿Podemos pensar el exceso de diagnóstico como reactivo a la era líquida, como un intento de búsqueda de certezas frente a la intolerancia a la incertidumbre? ¿Acaso padres, educadores y médicos no buscarán amparo en la categorización diagnóstica, ante la angustia que genera no entender la complejidad de ese padecer, así como también en un modo de desmentida de este?

Diagnóstico y psicoanálisis

¿De qué hablamos cuando hablamos de *diagnóstico* en psicoanálisis?
¿Podemos hablar de *diagnóstico*? ¿Devela u oculta? O quizás a la vez que devela, oculta.

Entonces, ¿cómo nos posicionamos frente al sufrimiento de un niño?

Al recibir a un niño nos proponemos «abrir» un espacio de escucha para intentar develar de qué nos habla su sufrimiento. Asimismo, estamos atentos a los atravesamientos circunstanciales y transgeneracionales, así como a las múltiples transferencias en juego con los padres, la institución educativa y médica, que nos hablan de un entretejido complejo que requiere de nuestra labor artesanal.

Bion (1970) ha delineado la posición del analista como «sin memoria, sin deseo», pero también «sin comprensión». «Debe conservarse la paciencia sin un ansia exacerbada de llegar hasta el hecho y la razón hasta que evolucione una pauta».

La experiencia en psicoanálisis trata de un tiempo que se abre a un recorrido de alguna manera incierto, donde cada niño, adolescente y adulto desplegará sus síntomas, fantasmas y las alternativas «encontradas» de lidiar con estos.

Destacamos la importancia de recuperar el valor del síntoma en tanto lugar del decir del conflicto. Síntoma que al mismo tiempo que es subjetivo, producido por el niño, es también producto de la dinámica familiar y la angustia que surge de ella.

En la escucha construimos «hipótesis de bolsillo», como dice Nasio, que recortan inevitablemente la problemática del niño, y como dice Untoiglich: «El diagnóstico hay que escribirlo con lápiz».

No podemos dejar de tener en cuenta la espontaneidad y vitalidad del niño y sus propias posibilidades de elaboración más allá de lo asignado por el otro (figuras referentes de su entorno). Su imprevisibilidad, lo nuevo y propio del niño.

No se trata de un niño moldeado por el adulto, sino de un niño que crece y forma su subjetividad en diferencia con el adulto, y es a la vez esa diferencia la que interpela a este último. Es la interrelación la que modifica los dos lugares: niño/adulto, alumno/docente, padre/hijo, pares que nos implican y transforman profundamente (Rodulfo, 2016, p. 25).

La escritura en lápiz estará también signada por nuestra escucha analítica, construida a través de nuestros análisis personales, las supervisiones y la formación teórica.

Maud Mannoni (2005) nos dice que «la paradoja del saber teórico reside en la manera en que se use, como máscara para ocultar la verdad de una experiencia, o como útil para orientarse más cómodamente en la búsqueda clínica, en la que se encuentra uno mismo implicado».

Pensamos el diagnóstico como una hipótesis acerca del funcionamiento y la estructuración del niño que queda plantada y a la vez, al decir de Rodulfo, olvidada en el encuentro con el niño.

¿Qué significa poder precisar un diagnóstico y a la vez poder olvidarlo? Que este pueda quedar como *teorización flotante*, concepto de Piera Aulagnier (1975) a partir de la *atención flotante*, lo cual implica tener un bagaje teórico, contar con conocimientos para poder operar, para luego con el paciente ponerlos entre paréntesis.

Al ser el del niño un psiquismo en construcción, preferimos no pensar en «cuadros» fijos. Nos manejamos con una concepción dinámica del psiquismo, multideterminada, donde se privilegian los aspectos inconscientes a ser develados en algunos casos, y en otros aquellos a construir, valiéndonos de la transferencia como herramienta fundamental.

¿Cómo pensar en el niño sin preguntarse por los padres?

La inclusión de los padres, de sus modalidades de vinculación entre sí y con su hijo, y el lugar que ocupa en la economía libidinal de ellos, significará un entramado a reconocer y desplegar en nuestros encuentros.

¿Qué lugar ocupa ese niño para esos padres? O bien, ¿qué resonancias tienen en ellos las dificultades de su hijo? ¿Cómo se enlazan con su propia historia infantil?

En otro plano, el centro educativo se percibe como campo que se abre para la expresión de su conflictiva, a través de su modalidad de aprender, así como al relacionamiento con pares y adultos.

Con respecto a los intercambios con la institución de salud y sus representantes: pediatra, psiquiatra, neurólogo (que generalmente se realizan de acuerdo con la «gravedad» y complejidad sintomática del niño), debemos destacar la privacidad y la confidencialidad como algo a cuidar, que toman en cada situación relieves particulares a la vez que se constituyen parte del marco de nuestro trabajo, e imprescindible en el intercambio con otros.

A su vez, el poder recibir otros enfoques, otras formas de mirar al niño y su entorno, enriquece nuestro campo, nos alerta, muchas veces, de aquello que no «veíamos», que quedaba oculto para nosotros, y que permitirá nuevas alternativas en la experiencia psicoanalítica.

Por tanto, ¿de qué nos ocupamos en nuestro trabajo?

Nuestro trabajo como psicoanalistas implica abrir espacios de despliegue que requieren de tiempo. La marca epocal demanda lo inmediato y acude con una urgencia a la que en muchos momentos no podremos responder. Son frustraciones a sostener para quienes nos demandan y para nosotros, que muchas veces no alcanzamos a detener las «actuaciones» parentales e institucionales, de suspensión, de bajar la frecuencia, de no pagos, etcétera.

Las vicisitudes, los imponderables de nuestro trabajo —que al decir de S. Freud se ubica entre los oficios imposibles, junto al educar y al gobernar— no constituyen un impedimento para el encuentro y la riqueza que nos aporta llevarlo a cabo, y que, creemos, es la posibilidad de que cada sujeto despliegue su ser más allá de las dificultades vitales en las que se encuentre.

Nuestra postura como analistas tiene que ver con ubicarnos en un lugar de espera donde sostener el no-saber es parte de nuestro desafío para que algo del deseo del niño emerja. El niño y la familia buscan un lugar de saber absoluto, de verdad revelada, dado por otro, que intentaremos descomponer, en un saber a develar y construir en el encuentro analítico. En definitiva, es quien consulta el portador de ese saber, aunque no sabe que sabe.

Referencias bibliográficas

BAUMAN, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.

BION, W. R. (1974). *Atención e interpretación*. Paidós.

GUERRA, V. (2000). Sobre los vínculos padre-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (91).

LIPOVETSKY, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.

Real Academia Española (1995). *Diccionario de la lengua española*. Espasa-Calpe.

RODULFO, M. (2016). *Bocetos psicopatológicos*. Paidós.

UNTOIGLICH, G. (2013). En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz: la patologización de las diferencias en la clínica y la educación. Noveduc.



Ps. Mag. ILANA LUKSENBURG

La entrevista de padres

Podríamos decir que la *entrevista de padres*, como se le llama habitualmente en la clínica con niños, sería el marco o la instancia a través de la cual vamos a tener contacto con los padres o adultos referentes del niño en el inicio y a lo largo de un tratamiento psicoanalítico con este.

Me resultó interesante descubrir —al momento de querer teorizar sobre esta instancia— que existe muy poca bibliografía sobre la entrevista de padres. Creo que este hecho —es decir que haya poco escrito— da cuenta de que, si bien es una herramienta, un marco que utilizamos inevitablemente cuando trabajamos con un niño en psicoterapia, a esta no se la ha conceptualizado lo suficiente. Me enteré recientemente de que hay autores que lo señalan como un debe en el psicoanálisis con niños, pero pienso que quizás tenga que ver con que existe poco consenso, es decir, existe un abanico muy grande en cuanto a la manera de incluir a los padres en el tratamiento con un niño. Sabemos que hay grupos de psicoanalistas o terapeutas psicoanalíticos que intentan casi no tener contacto con los padres a lo largo del tratamiento —algunos siguiendo quizás la impronta que marcó Arminda Aberastury en el Río de la Plata—, y otros que no toman en tratamiento un niño si no acuerdan, a priori, entrevistas periódicas con los padres.

En mi caso —y solo voy a poder hablar desde ese lugar—, que no es el único, y que quizás yo misma lo siga cambiando con el tiempo, me manejo con el caso a caso, y a la vez voy modulando el tipo de contacto con los padres y la frecuencia, en cada caso, de acuerdo con las peculiaridades y las vicisitudes de cada tratamiento.

Y justamente de esto vamos a intentar hablar hoy a lo largo de este texto, es decir, de cómo y cuándo trabajar con los padres.

Si bien no podemos generalizar —como decíamos al principio— yo diría que no es posible empezar a trabajar con un niño sin tener por lo menos una entrevista con los padres o los adultos referentes. Ya que son ellos los que se van a contactar con nosotros —nunca el niño—, son ellos los que van a desplegar ante nosotros el motivo de la consulta, y es con ellos que vamos a sellar el contrato de trabajo.

Sin embargo, va a ser trabajo nuestro muchas veces que el motivo de consulta se transforme en demanda, demanda de ayuda, y el contrato de trabajo, en alianza terapéutica.

Motivo de consulta o demanda de ayuda

Muchas veces los padres llegan a la primera entrevista con certezas sobre el síntoma o la conducta del niño por el cual consultan. Otras veces llegan con preguntas, pero se trata de preguntas que buscan una respuesta unificadora del padecer del niño —que yo llamo «aséptica», «racional» o «simplificadora»—, y buscando una solución rápida. También pueden llegar con una sorprendente indiferencia, depositando la preocupación en otros, la maestra, el pediatra, etcétera. En todos estos casos, por lo general, nos vamos a encontrar con padres alejados del sufrimiento del hijo —por diferentes causas y complejidades en cada caso—, a veces con la mirada puesta el síntoma y otras veces en sus consecuencias.

Sin embargo, también recibimos padres que llegan a la primera entrevista angustiados, preguntándose e implicándose en el sufrimiento que pueden percibir en el niño.

Sobre todo en los primeros casos problematizar el motivo de consulta y poder implicarlos puede ser una tarea difícil, pero necesaria para poder comenzar un tratamiento con un niño. Difícil porque es justo ahí donde muchas veces se anudan parte de las resistencias de los padres.

Teniendo siempre en cuenta las posibilidades de los padres —eso lo vamos a ir viendo quizás desde la primera entrevista—, la idea es darle espesor al motivo de consulta, instalar la pregunta, ayudarlos a pensarse y a implicarse.

Y esto no va a ser tarea sencilla porque sabemos que la consulta psicológica por un niño, de la misma manera que la consulta con psiquiatra infantil, va a implicar en la mayoría de los casos una herida narcisista en los padres. Y en un doble sentido; primero en ellos como padres, que

deben reconocer que no son suficientes para ayudar a su hijo, es decir, deben renunciar quizás a la representación que ellos tienen de sí mismos como padres; y en segundo término porque tiene que reconocer en su hijo —muchas veces idealizado— una falla o un problema.

Este conjunto de vivencias muchas veces los hará transitar por momentos de gran vulnerabilidad, quizás sentimientos de desamparo y hasta de orfandad, en los que aceptar la ayuda de un profesional los puede llevar a sentirse como niños, buscando refugio en el profesional-padre. Estamos hablando, entonces, de diferentes aspectos transferenciales que se pueden desplegar en el encuentro con los padres, que muchas veces actuarán como obstáculo, pero otras como palanca del tratamiento con el niño.

Como ejemplo podemos pensar en la posibilidad de que, a la vez que los padres establecen un vínculo de gran dependencia con el profesional, se les deslicen también aspectos competitivos y envidiosos.

Es importante saber que algunas de estas cosas quizás tomen fuerza o se debiliten de acuerdo con nuestra actitud clínica. En este sentido, debemos poder transmitirles que no somos jueces ni maestros, y más bien ubicarnos en un lugar desde donde poder escucharlos en su difícil tarea de ser padres, albergando en nuestra escucha las inevitables ambivalencias que muchas veces habitan en el vínculo con sus hijos.

Sabemos que cuando los padres nos están hablando de sus hijos nos están relatando una historia de amores y de odios, de ambivalencias, que lejos de pensarlas como binarias o dicotómicas, por lo general, vamos a ver que se presentan de manera enredada y sutil.

Nuestra escucha, entonces, va a ser una escucha que intente desculpabilizarlos, sin por eso dejar de implicarlos en el sufrimiento del hijo. Porque de la misma manera vamos a querer implicarlos en la mejoría o cura del niño.

Esta distancia con el sufrimiento del niño muchas veces la vamos a constatar en la distancia que vamos a observar entre el niño que relatan los padres y el niño que recibimos en el consultorio, donde en general es el mismo niño quien despliega su propio motivo de consulta y su demanda de ayuda.

El lugar del niño en la fantasía de los padres

Una pregunta importante que nos tenemos que hacer es la siguiente: ¿qué lugar ocupa el niño en las fantasías de los padres?, y sobre todo: ¿qué lugar viene a ocupar el niño en el deseo de los padres? En este sentido, vamos a poder ir vislumbrando en estos padres cuál fue y cuál es su apetito de hijo, es decir, si fue un hijo anticipado por el deseo, si fue un hijo imaginado.

Y qué lugar —o no lugar— ocupa en la economía narcisista de cada uno de los padres, en la pareja, en el sentido de si lo pueden ver como un otro separado de ellos, o también qué lugar ocupa en ellos las dificultades o el síntoma del hijo.

Nos preguntamos también cuál es la representación que tienen de su hijo, por ejemplo, si el hijo es aquel que viene a completarlos y hacerlos felices para siempre o, por el contrario, si el niño es el Chuky que viene a arruinarlos. En este tipo de representaciones —la mayoría de las veces no del todo conscientes en los padres— vamos a poder vislumbrar qué tipo de identificaciones están en juego, es decir, con quiénes de sus propias historias lo identifican, o qué legado familiar sienten que el niño carga, por ejemplo, cuando dicen «es impulsivo y nervioso como el abuelo», o «cruel como su padre cuando era niño».

Sabemos que el yo del niño para su constitución necesita no solo de la mirada unificadora y aprobatoria de los padres, sino también de sus palabras, necesita que lo nombren y lo adjetiven. Pero nos preguntamos si el niño logrará en estos casos transformar estos enunciados identificatorios o se transformarán en sentencia, en profecías autocumplidas.

Nos vamos deslizado así al concepto de *estructuración psíquica* y su relación con la inclusión de los padres en el trabajo analítico con un niño. Pienso que esta inclusión se fundamenta básicamente en la conceptualización de estructuración psíquica que sostenemos desde la teoría psicoanalítica.

Sabemos que la constitución de un aparato psíquico no se da sin otro; sin otro deseante, es decir, sin otro a quien el niño le importe mucho. Otro que con sus cuidados, sus caricias, su presencia, sus palabras, sus ausencias, sus silencios... marcará el cuerpo del niño, que ya será un psiquismo en ciernes.

El niño necesitará de ese otro significativo que con su mirada le confirme su integridad corporal a manera de espejo, lo que provocará júbilo no solo en el niño. Otro que también tiene las marcas de sus propios encuentros e historias con los otros que lo cuidaron, y estos otros con los otros que le precedieron.

Decimos entonces que el niño se va a ligar, se va a entramar a una cadena parental que abonará parte de su camino de subjetivación.

Pensamos en los diferentes resortes que intervienen en el complejo y dinámico armado del aparato psíquico, donde lo peculiar de las interacciones, de las intensidades, de las modulaciones, de estos encuentros-desencuentros, dará la singularidad de cada entramado.

El sujeto para el psicoanálisis es un sujeto en devenir, es decir, en constante transformación, marcado por el permanente encuentro-desencuentro con el otro. Y esto, como sabemos, toma especial relieve no solo en el origen de la constitución psíquica, sino también a lo largo de toda la infancia.

Entonces, ¿cómo pensar a un niño sin pensar en su entorno?, ¿sin pensar el universo que lo rodea?, es decir, ¿sin pensar en los otros —los padres—sus historias y sus fantasmas?

Aproximaciones técnicas

Nuestro encuentro con los padres va a estar siempre marcado por nuestra particular escucha, que es la escucha analítica, que implica de por sí una postura de escucha y espera.

Es interesante señalar que el concepto de *escucha* en psicoanálisis desborda lo literal del término, ya que la escucha analítica incluye de entrada todos los demás sentidos: la vista, el tacto, el olfato y algunas veces el gusto. A la vez que incluye también el registro de elementos de nuestro propio cuerpo (malestar, sueño, etcétera), así como de nuestras propias vivencias (tristeza, rabia, etcétera), y en el plano más representativo recuerdos, imágenes, asociaciones y ocurrencias.

Podemos decir que cuando hablamos de *escucha analítica* estamos hablando de una escucha flotante, activa y pareja, ingenua y tolerante, que no desestima nada. Nos interesa del discurso de los padres no solo qué dicen, sino cómo lo dicen, porque es allí donde nos van a estar diciendo mucho más.

Vamos a estar atentos desde el principio al tono de voz, al tono afectivo que acompaña al discurso, a los gestos, los silencios, los suspiros, las pausas, la peculiaridad de las palabras que utilizan y repiten, así como su polisemia y su posibilidad metafórica.

Quizás estos padres estén desplegando ante nosotros casi el mismo discurso que le hicieron al pediatra o a la maestra. Lo distinto, lo nuevo, va a ser nuestra escucha—y quizás nuestras pequeñas intervenciones—, que le va a dar grosor y relieve a lo que nos están diciendo. De esta manera,

quizás logren despegarse de los hechos concretos que relatan, y puedan asociar, pensar sobre estos, accediendo a una nueva dimensión.

Proponemos, muchas veces casi sin necesidad de decirlo, una entrevista abierta. A veces con solo preguntarles por qué están aquí hoy alcanza para que comience el discurrir de la entrevista. Nuestra escucha será de espera porque serán ellos quienes armarán el relato. Será función nuestra escuchar el entramado singular, sin esperar que la historia o los fragmentos que nos traen sean relatos claros y precisos. Y nuestra escucha paciente debe permitir que algunos de los elementos o datos de la historia de la familia o el niño (por ejemplo, nacimiento, primer día de escuela, etcétera) se anuden en el relato a recuerdos o afectos.

Debemos tolerar el desorden, las incongruencias, los enigmas apenas bordeados en el discurso. Y sobre todo nuestro no-saber, lo que debe sostener la espera y el no adelantarnos. Y a la par debemos alejarnos del sentido común y del deber ser, para así acercarnos a lo peculiar de estos relatos. Relatos que podrán encontrar en estas entrevistas nuevos sentidos y profundidades.

El discurso empezará a tener entonces, quizás, nuevos relieves y, en este caso, nos van a ir llevando a una comprensión más amplia y sobre todo más compleja del motivo por el cual consultan.

Y nuestras intervenciones muchas veces serán solamente poner el acento de verdad en una frase vacilante, o hacer la repregunta de algo que ellos apenas lograron preguntarse, o rescatar alguna palabras que la traen como al pasar, o cambiar el acento de una frase, etcétera. Estas pequeñas intervenciones, así como una sonrisa oportuna o sostener un silencio, harán que el discurso de los padres se ensanche, que encuentre nuevos sentidos, y esto les permitirá, en muchos casos, llegar a una comprensión más honda y compleja de la problemática del hijo, de su sufrimiento.

Debemos tener muy claro desde el principio que los padres no son nuestros pacientes. El paciente es el niño. Porque incluso en el caso en que en las entrevistas preliminares vislumbráramos que la consulta va a desembocar en una sugerencia hacia algunos de los padres para que inicie él un tratamiento, y no el niño, tampoco podríamos considerarlo nuestro paciente dentro de este encuadre en el que estamos trabajando.

Vamos al caso de cuando ya se comenzó el tratamiento con el niño, ¿cuándo vamos a sentir la necesidad de intervenir con los padres?, es decir, citarlos a entrevista.

Básicamente, cuando algo de las fantasías o de las problemáticas que observamos en los padres, o a nivel de la dinámica familiar, está siendo obstáculo en el discurrir del tratamiento; cuando estas dificultades en los

padres se presentan como resistencias importantes, tanto en lo que tiene que ver con el desarrollo del tratamiento como en la mejoría del niño.

Darles un espacio y un tiempo a los padres en estas circunstancias puede llegar a ser de capital importancia, ya que las resistencias en los padres cuando no las vislumbramos a tiempo, y no ofrecemos la posibilidad de trabajarlas, hacen peligrar la continuidad del tratamiento, y puede desembocar en la interrupción de este.

En algunos padres, volvemos al caso a caso, vamos a ofrecerles, además, otras oportunidades para trabajar, algunas veces de manera conjunta con el niño (esto es más frecuente en niños pequeños), y ambos podremos pedir la entrevista.

Esta posibilidad va a depender de la disponibilidad y la porosidad de los padres y de las particularidades del tratamiento del niño. Esto lo vamos a ir vislumbrando en cada caso en particular, pero también en cada momento del tratamiento, y puede llegar a ser un tramo muy importante del tratamiento del niño, donde vamos a poder observar importantes resultados.

Podríamos decir que en la entrevista de padres la mayoría de las veces vamos a tener como objetivo trabajar las resistencias de estos hacia el tratamiento del niño, incluso muchas veces a su mejoría. Esto de por sí puede ayudarlos a implicarse y conectarse de mejor manera con el sufrimiento de su hijo. Y quizás esto los lleve a cuestionarse sobre qué lugar ocupa el niño para ellos, qué representación tienen del niño, y tal les permita pensar cómo eso afecta su vínculo, y por qué no tiene que ver con su síntoma o su padecer.

A modo de síntesis, la inclusión oportuna de la entrevista o las entrevistas de padres en el tratamiento psicoanalítico con un niño será un momento privilegiado que nos permitirá transitar por una dimensión importante del abordaje del niño.

Para terminar, este trabajo podrá permitirles recomponer, reparar y algunas veces reconstruir el vínculo con su hijo, que quizás, sin saberlo, era por lo que consultaban.

Referencias bibliográficas

- JANINE, B. (2013). *Intervenciones en clínica psicoanalítica con niños*. Ed. Noveduc.
Kahane, S. (2017). El niño y sus padres: los padres del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis - RUP*,(124).

LA EXTRAÑA DESAPARICIÓN DE LA CAJA DE JUEGOS



Mag. Psic. VERÓNICA CORREA SAPRIZA

El psicoanálisis sospecha de toda insistencia en la medida en que podría estar señalando una cuestión que pugna por su resolución. En esta línea se inscribirá la pregunta sobre el modo de articulación de los cambios socioculturales con el psicoanálisis, si su esencia se ve afectada. Incluso la pregunta podría expresarse de forma más acuciante y poner en cuestión una esencia del psicoanálisis más allá o por fuera de la cultura en la que está inscripto.

En las últimas décadas el psicoanálisis ha sufrido algunos cambios visibles en sus formalidades. Cambios mínimos pero elocuentes en su significación, ya que, en la medida en que son consistentes con la época actual, nos interrogan por el modo de atravesamiento de la cultura en nuestro método. Gestos o costumbres que formaban parte de los rituales tradicionales del psicoanálisis han sido francamente socavados o relegados a la excepción. Son ejemplos de esto el saludo con la mano que se ha sustituido por el beso. O el uso del celular, e incluso del WhatsApp, para comunicarnos con nuestros pacientes. Estos cambios se encarnan en nosotros, los naturalizamos, la época actúa sobre nuestra sensibilidad, percibiendo normal lo que hasta hace poco nos parecía inadecuado.

El desuso de la caja de juegos exclusiva para cada niño es otro de estos cambios.

Ya hace 20 años los analistas de niños se percataron del desinterés de los pacientes por la caja de juegos, y plasmaron sus reflexiones al respecto en un artículo publicado en la RUP a través del Laboratorio de Niños de APU (Barreiro, De Mello, Errandonea, Gallinal, Ihlenfeld, López, Maberino, Médici, Miraldi, Pintaluba, Plosa, Prego, Schroeder y Ungo, 1999, pp. 21-34).

A la luz del tiempo transcurrido se podría afirmar que todo lo que fue observado en ese momento devino en una tendencia: progresiva e incesantemente la caja de juegos no ocupa el lugar que ocupaba antes.

El psicoanálisis de niños en el Río de la Plata en sus orígenes, con una impronta predominantemente kleiniana, proponía el uso de la caja de juegos casi como una prescripción.

Entonces, por mucho tiempo el ritual de esperar al niño con su caja de juegos cerrada, y abrirla con él, como símbolo de apertura y de entrada hacia esa otra escena, constituía una invitación implícita al juego, así como el establecimiento de un juramento de secreto, como la garantía de la intimidad y exclusividad que se le ofrecían. Todo esto, enmarcado en una proximidad consistente con la lógica de otro tiempo: los canastos de mimbre y el juego de las figuras de madera hechos por artesanos.

Hoy, más allá de las diferencias personales de cada psicoterapeuta, se trabaja con juegos y materiales comunes y disponibles para todos los pacientes, y se le ofrece a su vez la posibilidad de tener una caja de su uso exclusivo. En este sentido, se trabaja más alineados con la modalidad de Winnicott, quien ponía el énfasis en el uso que el niño hace de los juegos, y tenía un cajón de juguetes común para todos, priorizando la idea del espacio potencial. Si bien en muchos casos se le ofrece al niño una caja para su uso exclusivo, como recién se mencionó, por lo general este se interesa por ella solo por un período de tiempo, y luego queda relegada en algún estante. A veces otras cosas, como la carpeta donde se van guardando los dibujos producidos en sesión, oficia como la caja de juegos, como referencia material, testimonio de la historia transferencial. Además, cabe destacar que se han introducido juguetes mucho más definidos, en este sentido, acompañando la oferta inmensa que tienen los niños hoy en día en las jugueterías. La variedad de personajes se ha multiplicado al infinito. Esto estaría, hasta hace relativamente poco, contraindicado expresamente. Los juguetes debían ser lo más neutros posibles. Tenían que ser lo menos saturados de sentido posibles para permitir una mayor proyección. Hoy en nuestros consultorios el pacientito dispone de juegos y juguetes más contemporáneos, juguetes de moda, siguiendo la época. El niño es un importante objetivo de mercado, potente eslabón en la sociedad de consumo, a quien se le ofrecen a un ritmo frenético distintos tipos de juegos de acuerdo con las modas que se le van imponiendo. Cabe preguntarse si este movimiento de oferta, acompañando a la oferta del mercado, no es también un elemento de atracción o seducción hacia el niño. ¿Al niño hoy hay que seducirlo?

También se ha introducido, en mayor o menor medida, el uso de los dispositivos móviles.

Entonces, aunque aún hay casos en los que se usa, la caja de juegos ha cambiado el lugar que ocupa, lo que simboliza, y ha perdido el lugar protagónico que supo tener por mucho tiempo.

Arminda Aberastury (1962), portavoz de las enseñanzas de Klein en el análisis de niños, plantea:

Si ya se ha decidido su tratamiento, habremos preparado [...] su cajón individual [...]. Desde este momento el terapeuta y su habitación se ofrecen receptivamente al niño y el cajón ya preparado es un símbolo de esta situación, que deberá mantenerse siempre (p. 97).

Estas declaraciones dan cuenta de su época, de la modernidad, donde la cosa concreta, la caja de juegos, tiene, por su materialidad, la capacidad de devenir en símbolo y garantizar así la metáfora.

El vínculo necesita de lo matérico para fraguarse. Hoy también el psicoterapeuta se ofrece transferencialmente, como un espacio de exclusividad, contención y de intimidad donde desplegar la transferencia, pero no está tan apuntalado en lo concreto. Agrega:

Supongamos que un niño organiza carreras de autos en las que compite con hermanos y destroza durante el juego uno de ellos; si pide que se lo repongamos es evidente que, además de interpretar, debemos accederle, de lo contrario puede sentir que consideramos irreparable la destrucción realizada (p. 97).

La interpretación sola no sería suficiente, necesita del acto concreto para que la metáfora que entraña pueda constituirse. En esta línea continúa diciendo:

Aconsejo en ese caso no sacar el auto roto [...]. Alejar del cajón lo destruido significa alejar de su mente el conocimiento de que hay algo destruido y enfermo en sí mismo. La presencia del objeto destruido es de suma utilidad técnica ya que cuando surgen las genuinas tendencias de reparación, lo busca y se ingenia para arreglarlo (p. 97).

Lo conceptual y abstracto apegado a lo tangible, concreto, palpable...

Si se considera técnicamente necesario ofrecer a cada niño un cajón que sea solo de él, es porque necesita para curarse la total posesión, sin interferencias, de algo que para él llegará a significar lo que fue su primitiva relación con la madre (p. 97).

Para transitar el fantasma consideraba imprescindible la presencia concreta de la caja de juegos. No sin ella. Tiene efecto si se expresa a través de una materialidad que los vehiculiza, no pudiéndose concebir por fuera de esta.

La caja de juegos, acorde a una modernidad más sólida, parece haber dejado de tener sentido en este tiempo fugaz, virtual y volátil. Hoy ya no tiene aquella operancia, ya no está en un lugar central en el análisis de niños. Hoy se podría pensar que se ha producido una emancipación de la caja en tanto soporte material del vínculo transferencial.

El torbellino del cambio de paradigma cultural arrasó con la materialidad en la que se apuntalaba el posicionamiento del analista.

Hoy, emancipados y huérfanos de la materialidad que servía de apuntalamiento, queda más que nunca del lado de la persona del terapeuta, de su disponibilidad interna, el crear un ámbito de habilitación para el encuentro y para la recepción del despliegue fantasmático en transferencia.

Una de las dimensiones simbólicas que entraña la caja de juego es la cuestión del secreto y la intimidad compartida. Entonces, ¿cómo no verse afectada en su significación en un mundo donde la intimidad se ha vuelto exhibición? Donde lo éxtimo se puso de moda (Sibilia, 2009, p. 16) ¿Cómo no verse jaqueada en un tiempo en el que relucen las superficies a exhibir en vez de oscuridades a descubrir?

¿Cómo se construyen las subjetividades en un mundo donde la intimidad está para ser exhibida? (Viñar, 2009, p. 24). Con la mirada omnipresente de las redes se vive en función de cuántos seguidores y cuántos *likes* se tiene.

Se publica a dónde se va, los espacios cotidianos o los viajes, con quien se está, qué se come, qué se compra, la mascota. Abrazos y mensajes de cariño o de pelea, no importa. Todo lo privado es digno de publicarse y exhibirse.

La caja también sostenía su sentido en la exclusividad. Pensada y preparada para un único niño.

Hoy se trabaja con materiales disponibles para todos los pacientes, es decir, la caja como propiedad exclusiva ha perdido su valor.

Esto podría estar en consonancia con otro aspecto de la sensibilidad posmoderna: el énfasis puesto en el uso del objeto, en la experiencia más que en el objeto en sí. Se consumiría no tanto para poseer, sino para consumir.

¿Qué pasó con el celo y el cuidado con que los niños controlaban su caja de juegos cuando la recibían, comprobando y controlando que todo estuviera en su lugar? Ya no parece estar puesta en la caja esta

preocupación. Esto no quiere decir que el deseo de ser el único no esté presente en todos los niños —los celos y rivalidades fraternas que se ponen en juego en la relación transferencial—, solo que la caja ya no parece ser más soporte para esto.

Otra función que tenía la caja de juegos era la de ser testimonio material de la historia del análisis, conteniendo las producciones del niño de determinados momentos. Mojones historizantes de la historia transferencial.

En el artículo más arriba mencionado del Laboratorio de Niños, Barreiro et al. (1999) decían:

El uso de una caja individual contribuiría entonces a [...] pautar la construcción de una historia transferencial, que es historia en tanto queda dicha y significada, no solo en la interpretación, sino en el acto de la producción del niño cuyos resultados permanecen en la caja como testimonios de la continuidad.

Numerosos filósofos y autores contemporáneos están de acuerdo en describir un estallido de la percepción lineal del tiempo, una fragmentación de la vivencia del tiempo, con la consecuente fragmentación de la narrativa (Viñar, 2009, pp. 40-41). En las expresiones de las redes, lo que predomina es un presente ampliado, como, por ejemplo, las historias de Instagram donde el afán actualizador de cada instante parece prevalecer al de la preocupación de la construcción de algún relato. Asimismo, las miles de *selfies* que pueblan el éter, rostros sonrientes en primer plano cuyo marco o contexto queda al fondo desenfocado. No hay una historia que contar porque lo único que cuenta es el presente engrosado. Historias que aparecen y que rápidamente son arrojadas al olvido, deshilvanadas desde el borde centrífugo de la narración instantánea de la realidad.

La realidad virtual parece ser más real que la realidad misma, con tecnología *high definition* (HD) se ve mejor la realidad desde las pantallas. Un *spot* publicitario de hace un tiempo promocionando un celular decía: «Aprontate a vivir la vida en vivo». La vida es más real si es a través de la virtualidad y la presencia en las redes.

Se dice que los niños de hoy están formateados epistemológicamente por las lógicas de los dispositivos móviles, a los que se exponen desde muy temprana edad.

Hiperconectados. Inmersos en el mundo virtual sin pausa, pasan de un dispositivo a otro. En la Play, del Fortnite al Fifa, al Call of Duty; y de YouTube a TikTok o Instagram. Esto cambia no solo el paradigma de pensamiento, cambia la noción de la espacialidad, se ha cambiado el espacio público tangible de la vereda o la placita por el espacio virtual de las redes.

Los filósofos y sociólogos contemporáneos hablan de una suerte de adicción, de narcotización tecnológica. Con la mezcla fatal de varios ingredientes que ofrece el mundo virtual, como la inmediatez, los contenidos fáciles, la pregnancia de la imagen y la seducción de barrer con lo imposible, entre otros estímulos. Es muy difícil poder escapar. Quedan atrapados en el oxímoron del encierro hiperconectado. Sin salir de su habitación, cada uno individualmente y conectados juegan un partido de fútbol juntos. O se van de misión jugando con otros jugadores que pueden estar conectados desde el otro lado del planeta. La hiperconectividad que barre con la proximidad.

Entonces, quizás de lo que habría que sorprenderse es de que los niños de hoy sigan aceptando sin dificultad nuestro dispositivo tan de otro tiempo, tan de otra lógica, siendo ellos nativos de la neoposmodernidad. Pienso que en tanto el cachorro de hombre solo deviene humano a través del otro —el otro de los cuidados, el prójimo que lo rescata de la total indefensión con que viene al mundo—, nuestro dispositivo, ofreciendo un ámbito facilitador y de subjetivación, siempre va a ser un punto de anclaje irrefutable para la cura.

Quizá más que nunca los niños de hoy están ávidos de un espacio diferente, de un encuentro que habilite una historización de sí que, aunque siempre imaginaria, siempre resignificada y defensiva, posibilite una cierta restauración de su subjetividad.

Al final de este recorrido se me hace presente una última reflexión y es que no he dado cuenta de una articulación entre esas cuestiones propias de las ciencias sociales con el psicoanálisis. No creo que se deba solo a que no he podido más que sobrevolar nociones sociales o antropológicas o filosóficas. Siento que es fallido el intento de articular el psicoanálisis porque quizás tal encuentro sea del orden del enigma, como lo es el inconsciente y el encuentro analítico.

Será que quizás tenga que ser así, que se impone el enigma esencial de nuestro propio encuentro con relación a nosotros mismos. ¿Será que solo conoceremos las incidencias de otras canteras también por sus efectos? Volverá a insistir entonces y nos relanzará a la búsqueda una y otra vez sobre estas y otras cuestiones, que serán siempre fallidas, siempre balbuceantes e insuficientes.

Referencias bibliográficas

- ABERASTURY, A. (1962). *Teoría y Técnica del psicoanálisis con niños*. Ed. Paidós.
- BALAGUER, R. (2017). *Vivir en la nube. Adolescencia en tiempos digitales*. Aguilar.
- BARREIRO, J., DE MELLO, E., ERRANDONEA, E., GALLINAL, M., IHLENFELD, S., LÓPEZ, C., MABERINO, V., MÉDICI, C., MIRALDI, A., PINTALUBA, A., PLOSA, I., PREGO, E., SCHROEDER, D., y UNGO, M. (1999). De Cajas y juguetes. Nuestros instrumentos del análisis infantil para el 2000. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (90), 21-34.
- FREIRE, M. (1986). La entrevista de juego. En *El juego en psicoanálisis de niños*, 1. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- HAN, B. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder Editorial.
- SARLO, B. (2018). *La intimidad pública*. 1.^a edición. Seix Barral.
- SIBILIA, P. (2013). *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- VIÑAR, M. (2018). *Experiencias psicoanalíticas en la actualidad sociocultural*. Noveduc.

LA ENTREVISTA DE JUEGO EN EL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

Mag. Psic. VERÓNICA CORREA SAPRIZA

Origen e historia del psicoanálisis de niños

El psicoanálisis de niños, así como el de adultos, se apoya en el descubrimiento freudiano del inconsciente. Freud descubre el inconsciente y con este gesta una nueva episteme, la del sujeto del inconsciente. Acaba con la supremacía de la voluntad y la razón, confiriendo así la tercera herida al narcisismo del hombre en la historia de la humanidad: la primera fue la de Copérnico, cuando descubrió que la Tierra no era el centro del universo, sino que solo era un planeta más que giraba alrededor del Sol; la segunda herida fue la de Charles Darwin con la teoría de la evolución basada en la selección natural de las especies. No somos hechos a la imagen y semejanza de lo divino, sino que venimos de los primates. Freud, con el descubrimiento del inconsciente, erradica la idea del hombre de la razón, dueño de sus actos e ideas, y establece el determinismo del inconsciente. El sujeto del inconsciente que concebimos en psicoanálisis es un sujeto dividido, habitado por una radical ajenidad, donde lo más propio es lo más desconocido, una extranjería inaccesible, radical, que nos habita.

Un inconsciente inaccesible, pero que nos determina, al que solo se conoce a través de sus efectos como los síntomas, lapsus, sueños, actos fallidos. Formaciones del inconsciente que siempre nos descolocan y, sin embargo, nos revelan justo ahí, en ese descentramiento.

Entonces, podríamos decir que el psicoanálisis de niños nace con el psicoanálisis mismo, incluido en la epistemología inaugurada por Freud. En este sentido, no hay una diferencia de paradigmas entre uno y otro, sino más bien de registros. El concepto *princeps* es el mismo para los adolescentes y los adultos, lo que cambia es la técnica, no el método.

El primer análisis de un niño fue el de Juanito, uno de los historiales de Freud (1905), el del pequeño Hans. Freud estaba tratando de confirmar por vía directa la sexualidad de los niños a la que lo había llevado el análisis de sus pacientes adultos. En el caso de Juanito, no era Freud quien lo trataba directamente, sino que eran sus padres quienes eran fervientes seguidores del psicoanálisis naciente. Su padre le enviaba regularmente cartas a Freud con las observaciones de su hijo y del juego que el niño desplegaba. Freud le hacía los señalamientos correspondientes. Es decir, a pesar de que el análisis de Juanito no fue una cura tipo, y de que no estableció un modelo técnico, dejó sentada la piedra inicial para el posterior desarrollo del psicoanálisis de niños al darle un sentido al juego de un niño por primera vez.

En este momento, Freud dice que, a diferencia de los análisis de los adultos, les tenemos que prestar palabras a los niños.

Luego, en 1920, en *Más allá del principio de placer*, Freud describe la observación del juego de su nieto de 18 meses, el tan mentado juego del carretel, el Fort-Da. Freud observa que, frente a la ausencia de la madre, el niño empieza a hacer desaparecer objetos, tirándolos lejos de sí. Luego tira un carretel lejos y dice: «oooo», que Freud interpreta como Fort, que en alemán significa: «¡Se fue!»; y luego lo hace volver y dice: «DA!», «¡aquí está!». Secuencia que repite varias veces.

Según Freud, el niño, frente al dolor por la pérdida de la madre, desarrolla el primer juego «autocreado», en el sentido de que es una invención del niño, una creación, que se da como sustitución del dolor por la pérdida de su madre.

En este sentido, define al juego como un gran logro cultural en tanto supone tolerar la espera, renunciando a la satisfacción pulsional inmediata. Se da una inscripción de una marca a partir de la pérdida, de la ausencia de la madre. Cabe subrayar la importancia de este movimiento, lo que el niño hace con esa ausencia. Es decir, este juego es subjetivante e implica movimientos psíquicos de enormes consecuencias en relación con la estructuración psíquica. Por otro lado, Freud destaca que otra de las funciones del juego sería la de repetir de forma activa lo que sufre pasivamente, generando un control sobre la situación. El juego es elaborativo.

Desarrollos posfreudianos

Luego de Freud hubo muchos otros psicoanalistas que siguieron desarrollando el trabajo con los niños, no solo en Viena, sino en países como Francia e Inglaterra. Sin duda, Melanie Klein y Donald Winnicott se destacan entre los pioneros, cuyas conceptualizaciones gozan de total actualidad.

Es con los desarrollos de Klein que el psicoanálisis de niños cobra toda su fuerza. Fue la pionera en desarrollar la técnica de juego en el psicoanálisis de niños de forma rigurosa. A partir de su enseñanza del análisis del juego desplegado en transferencia, queda instaurado como la vía regia del trabajo con los niños. Klein destaca el valor simbólico del juego a través del cual el niño representa sus fantasías, sus angustias y sus deseos inconscientes.

Por último, otro autor fundante en el enriquecimiento de la escucha del discurso infantil fue Winnicott (1971), quien conceptualizó (dentro de muchos otros conceptos) el objeto, el espacio transicional y los fenómenos transicionales, de donde derivan el juego, las artes y todas las expresiones artísticas y creativas (1971, p. 22).

El psicoanálisis de niños ha recorrido un largo camino desde sus inicios, ha adquirido una identidad propia que no deja dudas sobre la riqueza de sus contenidos, aun cuando el valor de la palabra no tenga el lugar preponderante que tiene en el análisis de adultos.

Niño, sujeto en constitución

Trabajar con un niño, aun más si se trata del trabajo con niños tempranos, es trabajar con un sujeto aún en constitución desde el punto de vista de su estructuración psíquica.

Las defensas no están asentadas del todo, son más plásticas que en el adulto, porque la separación entre consciente e inconsciente todavía no está tan diferenciada, ya que la represión está instaurándose. Entonces, los mecanismos defensivos aún no están fijados en una estructura. Esto es muy importante a la hora de establecer un diagnóstico en un niño.

En la infancia hay modificaciones permanentes. A lo largo de la infancia se van dando sucesivas pérdidas de los objetos de deseo (el pecho, las heces con el control anal, etcétera) que generan nuevas reinscripciones y resignifican en nuevas traducciones las inscripciones/pérdidas anteriores.

En los niños hay un despliegue de los procesos psíquicos en funcionamiento, y en el adulto están fijados y organizados en una estructura. Se está, entonces, en una situación de proceso, con un yo poco estructurado, con poca represión; los niños tempranos, por ejemplo, aún no han desarrollado los diques de la vergüenza y el asco (Freud, 1905), todavía no les produce rechazo o asco la caca ni sienten vergüenza en exhibirse, etcétera. Los niños, tal como lo plantea Freud, son perversos polimorfos, todas las pulsiones parciales están en ebullición y pueden mostrar síntomas variables aún no fijados en una estructura.

Silvia Bleichmar (1999) va más allá y plantea que hay que hacer una distinción en la psicopatología de los niños entre *síntoma* y *trastorno*. Dice que hasta que no se haya establecido la diferencia de las instancias inconsciente-pcc/consciente, no se puede hablar de síntoma, y estaríamos en presencia de un trastorno; por ejemplo, una enuresis primaria, cuando el niño nunca adquirió la contención esfinteriana, o una encopresis primaria, allí nunca habría operado la represión, entonces estaríamos frente a un trastorno y no un síntoma. Según esta autora la pauta que daría cuenta de una discriminación de las tópicas sería cuando el niño ya está ubicado en temporalidad (pp. 122-123).

Discurso, cuerpo, acto

El niño al expresarse pone en juego el hacer con su cuerpo, habla a través de sus actos, que implican también los gestos acompañando a las palabras. Pero en el discurso del niño las palabras no tienen el papel preponderante que tienen para el discurso adulto. El juego en el niño es también otra vía de expresión. Todas las experiencias más significativas en la corta vida de los niños, sobre todo si hablamos de los niños tempranos, están vinculadas al cuerpo. Ha tenido que ser destetado, ha conocido el placer a través de la alimentación y ha aprendido a controlar los esfínteres, etcétera. A su vez, cuando el niño juega expresa fantasías que remiten al cuerpo, la oralidad, lo anal, etcétera. Es por esto que son muy frecuentes las consultas de niños con sintomatología con compromiso con las funciones corporales. Es decir, el niño habla con su cuerpo y habla de su cuerpo, poniendo sus angustias y preocupaciones en relación con el cuerpo en primera plana.

Las teorías sexuales infantiles (Freud, 1905) impregnan el discurso infantil, y es a través de ellas que escuchamos los elementos del conflicto psíquico porque tienen la experiencia de lo corporal próxima y no saben aún dar respuesta para las interrogantes, como el origen de la vida y la

concepción. Ejemplo de una niña que dijo que los bebés se hacen porque los padres comen caca juntos. Otro niño había escuchado nombrar los testículos como huevos y pensaba que cada hombre iba a tener tantos hijos como huevos le había tocado, que él pensaba que iba a tener tres para empollar porque se contaba tres testículos-huevos. En este sentido, todas las equivalencias provenientes de la fase anal son muy interesantes. Un niño que retenía la caca porque en la época de adquirir el control de esfínteres la madre se queda embarazada y entonces se le anudó la fantasía de lo que él tenía en la panza, la caca, con lo que la mamá tenía, el bebé. Por otro lado, la caca puede ser sentida como un desmembramiento, como perder una parte de sí.

Juego y discurso infantil

¿Por qué juegan los niños? El juego es universal y eje de la experiencia humana, atravesando todos los tiempos y todas las culturas. El juego es un fenómeno humano muy vasto y muy profundo, que no se agota en la explicación que le podamos dar desde el psicoanálisis. Es el lenguaje por excelencia de los niños. Lo que sí podríamos pensar desde el psicoanálisis es que el lenguaje palabrero en el niño, y sobre todo en los más tempranos, no está aún investido. El niño piensa y se expresa con el hacer, con el cuerpo, con el acto, como ya dijimos. Por otra parte, el juego les permite lidiar con las dificultades del mundo real, administrando, dosificando mediante la fantasía la frustración que los enfrenta a la realidad en la medida que son capaces de tolerar.

Siendo el juego una actividad movida por el deseo, a través de la cual despliega una dinámica inconsciente, pero que al mismo tiempo conserva el compromiso del yo con la realidad de la que se nutre y a la que transforma. El juego es, entonces, una expresión del trabajo psíquico, entre la realización alucinatoria de deseos y la realización de deseos mediante el examen y la modificación de la realidad, en ese pasaje nunca del todo logrado, desde el principio de placer al principio de realidad. El juego prepara al niño para la vida real.

Para hablar de juego hay que hablar necesariamente de los desarrollos de Winnicott. Él plantea que el espacio transicional, y los fenómenos transicionales, serían fruto del encuentro entre la madre y el niño, es la base de la posibilidad de jugar, así como de la creatividad en general, y de la posibilidad de disfrutar de las distintas expresiones de la cultura (p. 22).

Al objeto transicional [...] no se lo olvida ni se lo llora. Pierde significación, y ello porque los fenómenos transicionales se han vuelto

difusos, se han extendido a todo el territorio intermedio entre la realidad psíquica interna y el mundo exterior [...] es decir, a todo el campo cultural. En este punto mi tema se amplía y abarca el del juego, el de la creación y apreciación artísticas [...].

Entonces, no solamente el juego, sino que todas las expresiones del arte, y la base de toda expresión creativa que exija del pacto ficcional, sería una deriva de los fenómenos transicionales.

El juego creativo es fuente de placer y satisfacción de deseos narcisistas y sexuales realizados a través de fantasías apuntadas en la realidad.

En psicoanálisis usamos el juego de niños porque es lenguaje natural, la forma de expresión por excelencia. En el encuentro con el analista, su discurso se despliega en transferencia. A través del juego se van a expresar deseos, ansiedades, fantasías, defensas y relaciones de objeto. Nos permitirá inferir el nivel dinámico de los conflictos y sus defensas, así como aspectos estructurales de organización del aparato psíquico. Por otro lado, a través de la propuesta y desarrollo lúdico podremos inferir otros recursos de los que dispone el niño, como la posibilidad intelectual, aspectos cognitivos y sociales.

Especificidades y exigencias específicas en el análisis de niños

Una de las particularidades específicas del trabajo con los niños es que el analista tiene que jugar y al mismo tiempo debe mantener su atención flotante y poder reflexionar sobre las demandas pulsionales de su paciente y los movimientos transferenciales que va desplegando a través del juego.

Habría dos ejes fundamentales en la entrevista de juego: la observación dentro del marco transferencial y la posibilidad de dar sentido a lo que observamos en medio de la acción (Ilhenfeld, 1999).

Entonces, desde este posicionamiento del analista, con esta disponibilidad, estará atento al discurrir de su discurso, atento al detalle, a la ocurrencia espontánea, a la insistencia de algún elemento, en la forma o en el juego, a los énfasis. Un niño que tiene un malestar con su identidad de género me dice que hizo a Robotitao o robotitoa, no lo entiendo, y en este mismo vacilar, en esta vacilación, es donde está exactamente él con su atribución de género. Asimismo, importan las interrupciones bruscas del juego, las expresiones corporales. Un niño que empieza a perder en el juego de pronto se deprime y se aburre y dice que quiere dejar de jugar, no tolerando esa afrenta narcisista.

Es muy importante ver la secuencia del juego. Es en esta secuencia donde podemos tener una pista de por dónde puede estar el nudo del conflicto, lo que le angustia.

En la entrevista podemos detectar la fantasía sobre de su padecimiento/enfermedad y también la de su curación o la ayuda que podemos darle.

Todo es discurso, incluso también cuando cae el discurso y hay una descarga muy cruda. Ahí nos está diciendo algo que no se ha podido tramitar lo suficiente, que no puede disponer de los significantes para expresarlos de otra forma.

Se trata de preservar un espacio interno para poder pensar aquello que está sucediendo en el encuentro. Buscamos nexos, vamos estableciendo ligazones, siguiendo simbolismos generados a partir de movimientos metafóricos y proyectivos. Nexos que se van dando como descubrimientos creados entre ambos en el discurrir de la sesión.

El analista ejerce cierta violencia al introducir sus interpretaciones, las que constituyen una imposición necesaria propia del proceso. Sin tratar de saturar de sentido, la interpretación siempre tiene un carácter tentativo y nunca acabado.

No solo del lado del niño el cuerpo se pone en escena, a diferencia del análisis de adulto, el cuerpo del analista de niños participa en la dramatización, actuando en los guiones propuestos por los niños. Además, usamos lo gestual de forma más acentuada, apoyando nuestro decir, así como el énfasis o cualidad de las miradas en sintonía con el discurso. Asimismo, nuestra voz y sus modulaciones no son arbitrarias. Toda una escenificación que acompaña a la del niño.

Winnicott propone un análisis de niños donde el analista participe con una actitud activa y creativa en el juego infantil, y participa de escenas lúdicas que adquieren un valor interpretativo (Bonifacino, 2017). Asimismo, le da suma importancia a la creatividad y disfrute genuino en el jugar de parte del analista de niños, casi como un requerimiento. Dice este autor que el psicoterapeuta con su disponibilidad le ofrecería un ambiente facilitador para que pueda desplegarse desde lo más genuino del niño.

Si el analista interpreta demasiado, saturando de sentidos, si invade con sus certezas, no da lugar al despliegue creativo, a la vez que se extralimita en su poder transferencial. Su participación en sesión requiere al analista dejar en suspenso saberes (Ilhenfeld, 2017). Es importante tolerar el no entender, sostenerlo por el tiempo que sea necesario, sin contar actuar como una manera de descargar la angustia que genera el no saber.

Es por esta razón que la entrevista de juego debe plantearse como abierta para que sea el niño el que la llene de forma proyectiva y a través de lo que propone como juego con sus ansiedades, temores, preocupaciones, así como con sus defensas y sus deseos. Además, importa generar un espacio receptivo a los contenidos del niño para que se sienta cómodo, porque también así tendrá la oportunidad de expresarse creativamente en la comunicación de sus ideas. Se trata de generar un ámbito de confianza y libertad creativa, porque el juego se desarrolla solamente en esas condiciones.

Se deberá ofrecer al niño un ambiente seguro para evitar que se lastime, y también se evitará tener elementos frágiles que se puedan romper con su juego. Hay que considerar que eventualmente se pueden dar conductas de descarga a las que vamos a tener que contener y limitar.

Es importante abstenerse de cualquier intención pedagógica, que no es en ningún sentido nuestra función. Los padres, a veces, cuando los niños entran, les exigen que saluden, apelando a su función de educadores, pero eso no es lo valorado para el psicoterapeuta. Sí importa cómo va al encuentro, cómo entra, si mira estableciendo contacto visual o no. Se prestará atención a la reticencia en el encuentro o, por el contrario, si viene trayendo algo, si entra al consultorio continuando con lo que había dejado la última sesión. Todo eso es lo que se va a atender para quizás luego entender.

Es decir, la actitud del analista de niños, lejos de ser moralizadora, enjuiciadora o reactiva, es abierta e ingenua. Todo lo que surja, aunque sea de apariencia nimia, va a ser tenido en cuenta y considerado como un emergente transferencial, del *entre dos* transferencial, considerando que todo va a ser discurso en transferencia. El discurso del niño en sesión es transferencial. Es todo lo que haga (acto, juego, gesto y palabra), desde que llega hasta que se va.

Con una actitud pedagógica no solo se obturaría el mayor despliegue del juego, sino que no se generaría en el psicoterapeuta una disponibilidad receptiva de la demanda inconsciente del niño.

La disponibilidad emocional del analista, junto a su abstinencia, moviliza el psiquismo en el niño (Ilhenfeld, 2017). Se debe mantener la abstinencia, así como se hace con los adultos. No es aconsejable que se responda a las preguntas personales. Más que responder a las preguntas sobre el psicoterapeuta, se tratará de pensar qué es lo que está queriendo saber. Se lo podría considerar más bien como una expresión de curiosidad transferencial, pero en ningún caso se contesta desde la realidad, porque a lo que se apunta es a entender un más allá del discurso concreto, y si se contesta en el plano de la conciencia

se obtura lo que importa, que tiene que ver con sus demandas inconscientes. Sosteniendo la abstinencia, no colmando la demanda de amor que se da a través de los diferentes pedidos, se posibilita que el deseo continúe relanzándose y circulando en la persona del analista a través de la transferencia.

Referencias bibliográficas

- BONIFACINO, N. (junio de 2017). Comentarios al texto «La entrevista de juego» de Mercedes Freire de Garbarino. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (124).
- BRAUN, S., CUTINELLA, O., y ALTMANN, M. (1986). Algunas reflexiones sobre el juego y la acción, su relación con el proceso de simbolización. En M. FREIRE DE GARBARINO, M. CASAS DE PEREDA, P. VOLINSKI DE HOFFNUNG, S. BRAUN DE BAGNULO, A. WEIGLE et al. *El juego en psicoanálisis de niños*, vol. 1, (pp. 103-105). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- CASAS DE PEREDA, M. (1999). Gesto, juego y palabra. El discurso infantil. En *El camino de la simbolización*. Paidós.
- FREIRE DE GARBARINO, M., WEIGLE, A., CASAS DE PEREDA, M., BRAUN DE BAGNULO, S., CUTINELLA DE AGUIAR, O., ALTMANN DE LITVAN, M. et al. (1988) *El juego en psicoanálisis de niños* (pp. 1-46). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- FREUD, S. (1978). El creador literario y el fantaseo. En J. L. ETCHEVERRY (trad.). *Obras completas*, vol. 9, (pp. 123-126).
- (1979 [1908b]) Sobre las teorías sexuales infantiles. En J. L. ETCHEVERRY (trad.). *Obras completas*, vol. 9, (pp. 183-202). Amorrortu.
- (1979 [1905]). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. ETCHEVERRY (trad.). *Obras completas*, vol. 7, (pp. 109-223). Amorrortu.
- (1920). Más allá del principio de placer. En J.L. ETCHEVERRY (trad.), *Obras completas*, vol. 18, (pp. 14-17). Amorrortu.
- ILHENFELD, S. (junio de 2017). El analista y el niño. Reflexiones a partir del trabajo de Mercedes Freire de Garbarino en torno a la entrevista de juego como instrumento diagnóstico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (124).
- VOLINSKI DE HOFFNUNG, P., MÉDICI DE STEINER, C., SAPRIZA DE CORREA, S., ALTMANN DE LITVAN, M., CUTINELLA DE AGUIAR, O. et al. (1986). El juego en el psicoanálisis de niños, vol. 1 (pp. 129-194). Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- WINNICOTT, D. W. (1972 [1971]). *Realidad y juego*. Gedisa.



SD

**ÁREA CIENCIAS
DE LA SALUD**

A partir de fundamentos teóricos de la clínica psicoanalítica, el texto pone en tensión algunos conceptos básicos con las características de la época actual y su vértigo civilizatorio. Se plantea un debate crítico y reflexivo sobre el atravesamiento que las nuevas realidades ofrecen para el método psicoanalítico. Los modos diversos de sexualidad y parentalidad, identidades cambiantes y avances tecnológicos reconfiguran los vínculos y las modalidades comunicacionales, así como los dispositivos psicoanalíticos de intervención en salud mental. Se revisitan las funciones materna y paterna en la estructuración psíquica, apelando al cine y la literatura como facilitadores. El efecto de lo tecnológico en la técnica psicoanalítica se analiza a partir de la clínica de niños y adolescentes.

COEDITORES Y AUSPICIANTES DE LA PUBLICACIÓN



Facultad de
Psicología

ISBN: 978-9974-0-2008-5



9 789974 020085